

Contemos la paz

#VientosDeGracia



Un libro escrito e ilustrado por la comunidad Ignaciana en red

• INSTITUTO LUX •

Rector
Miguel Ángel Cuanalo Gómez, S.J.

Dirección General Académica
Silvia Guadalupe Landeros Olivares

Dirección Preescolar
Blanca Anahí Rodríguez Guerrero

Dirección Primaria
José Isaac Ramírez Muñoz

Dirección Secundaria
Jacqueline Adriana Soria Vázquez

Dirección Bachillerato
Jesús Edgardo Rojas Guerrero

Coordinación de antología
Paola Mancera García
Tania Guadalupe Rodríguez Osuna

Comunicación Institucional
Guillermo Misael Durán Ornelas
Jessica Montserrat Valadez Gómez
Christian Oswaldo López Ruiz
Sara Medel Briseño



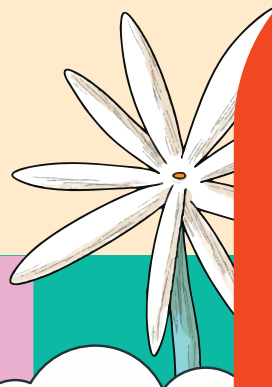


INSTITUTO LUX

Hombres y mujeres para los demás

© 2025 Instituto Lux

**Bld. Padre Jorge Vértiz Campero No. 170 antes 1618,
Col. Club Loyola C.P. 37287,
León, Guanajuato, México.**

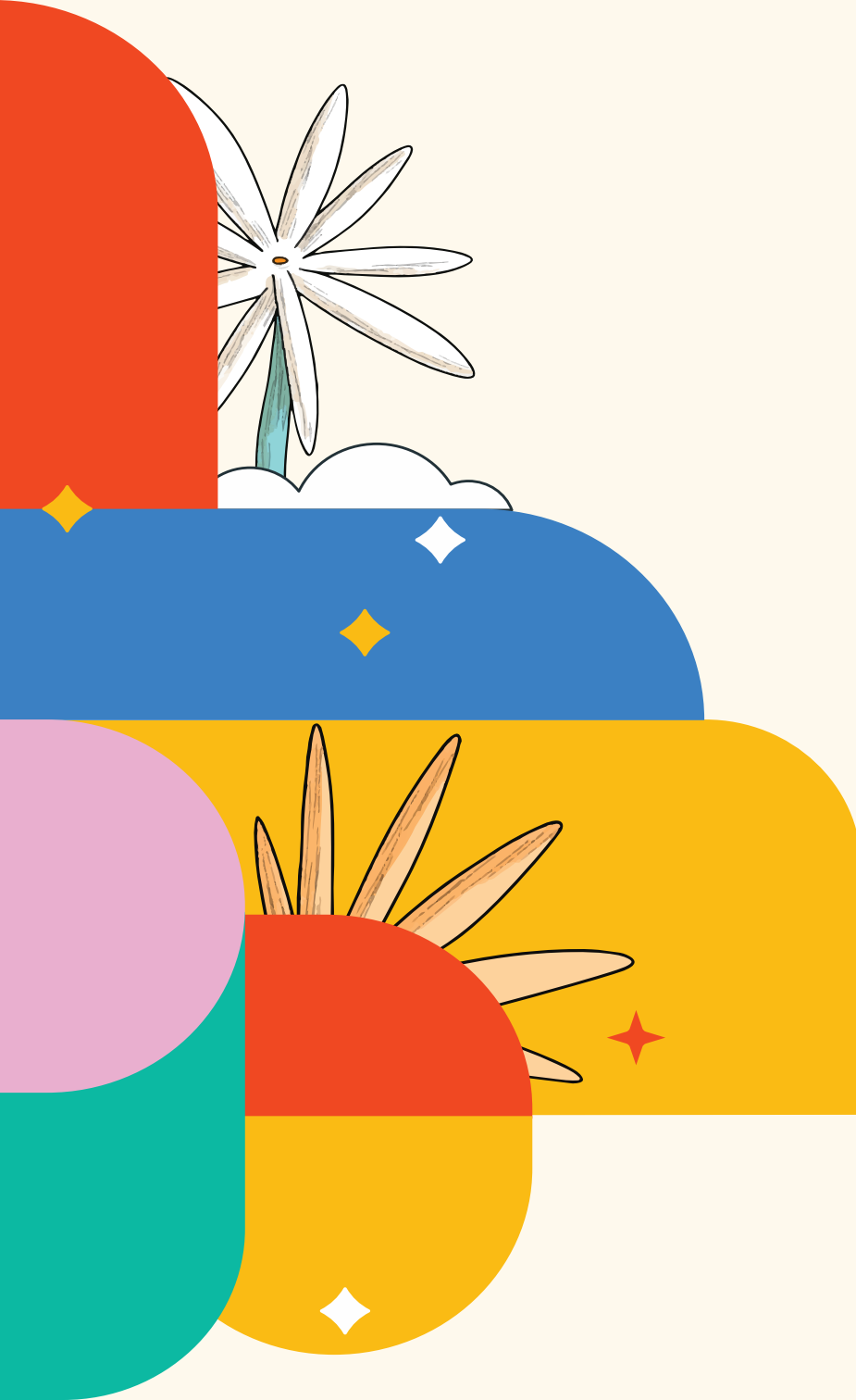


Selección de textos

Renée Isadora Solórzano Pont
Lucía Lizeth Andrade Hernández
Paola Danae Muñoz Morales
Francisco Esquivel del Rey
Paola Mancera García

selección





Contemos
la paz
#VientosDeGracia



Carolina Tapia Maldonado
Diseño Editorial

au

Escuela Carlos Pereyra

Marcelo Antonio Cocom Chávez

Valeria Correa Durán

Regina Ixchel González López

María del Carmen Izaguirre García

Oscar Eduardo Méndez Rodríguez

Gabriela Navarro García

Valentina Paredes Mata

Karla Sofía Torres Sifuentes

Colegio Ibero Tijuana

Ricardo Gonzalez Parra

Renata Guerrero Laureano

Aimee Johanna Moreno Osuna

Maria Priscila Ruiz Gallegos

Karyme Josselyn Sanchez Cardenas

Benjamin Schramm Monroy

Instituto Lux

Lizbeth Michelle Franco Aviña

Ana Sofía Gamez López

Martha Daniela Orozco González

María Fernanda Reyes Fierro

Mariana Ruelas Mejía



Instituto Cultural Tampico

Vanessa Alizeé Alejo Ascención

Christopher Armstrong Llama

Carlos Fernando Arvizu Winfield

Ximena Azua Martínez

Michelle Alejandra De La Cruz Woo

Mía Lucía Esquivel Matuck

Jimena Fernández Pequeño

Sebastián García Pérez

María José García Martínez

María Valeria García Silva

Alejandra Isabella González Tapía

Ana Sofía Juárez Flores

María Andrea Lozano Llerena

Marifer López Pérez

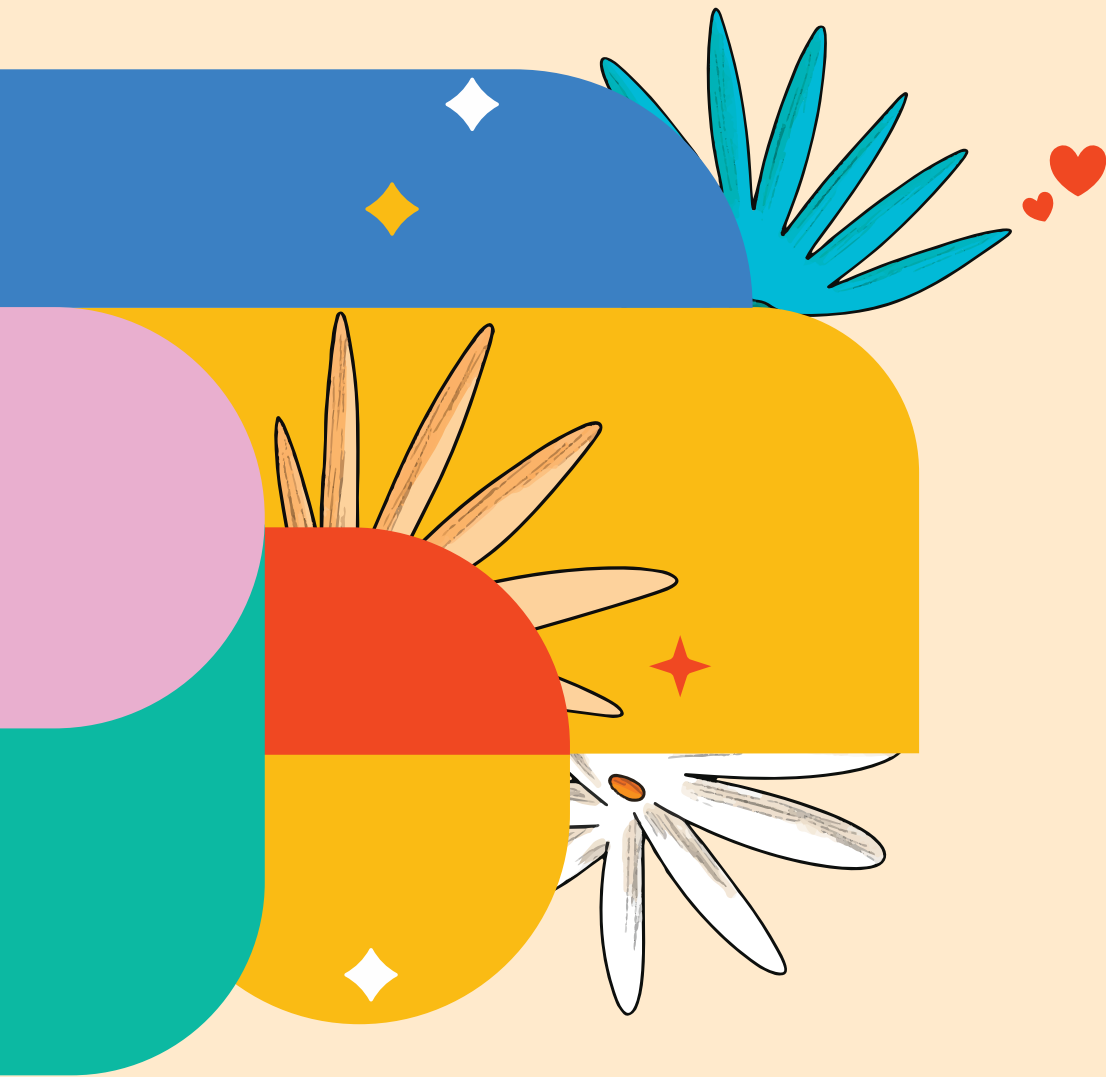
Karla Marcela Moreno García

Ian Rafael Morales Villanueva

Britany Lizeth Toledo Malerva

José Pablo Vega García

tores



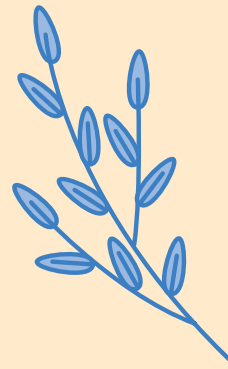
En esta edición de la Antología de Contemos la Paz, el hilo conductor es la gratuidad, vista desde la mirada de los niños y jóvenes que forman parte de los colegios jesuitas de México.

En estas páginas, la voz de los estudiantes se convierte en semilla de esperanza. Contemos la Paz reúne cuentos, poemas y ensayos que nacen del corazón y nos invitan a mirar el mundo con los ojos de la gratuidad: reconociendo que los dones y bienes que hemos recibido vienen del amor incondicional de Dios y que cuando los compartimos podemos cambiar el mundo.

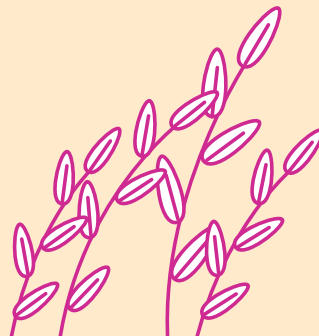
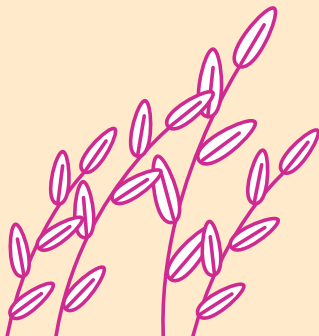
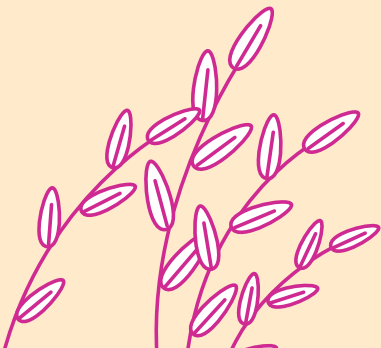
Cada texto es un pequeño acto de amor, una palabra que reconcilia, un pensamiento que transforma. Aquí, la paz no es un sueño distante, sino una forma de vivir, compartir, agradecer y ofrecer.

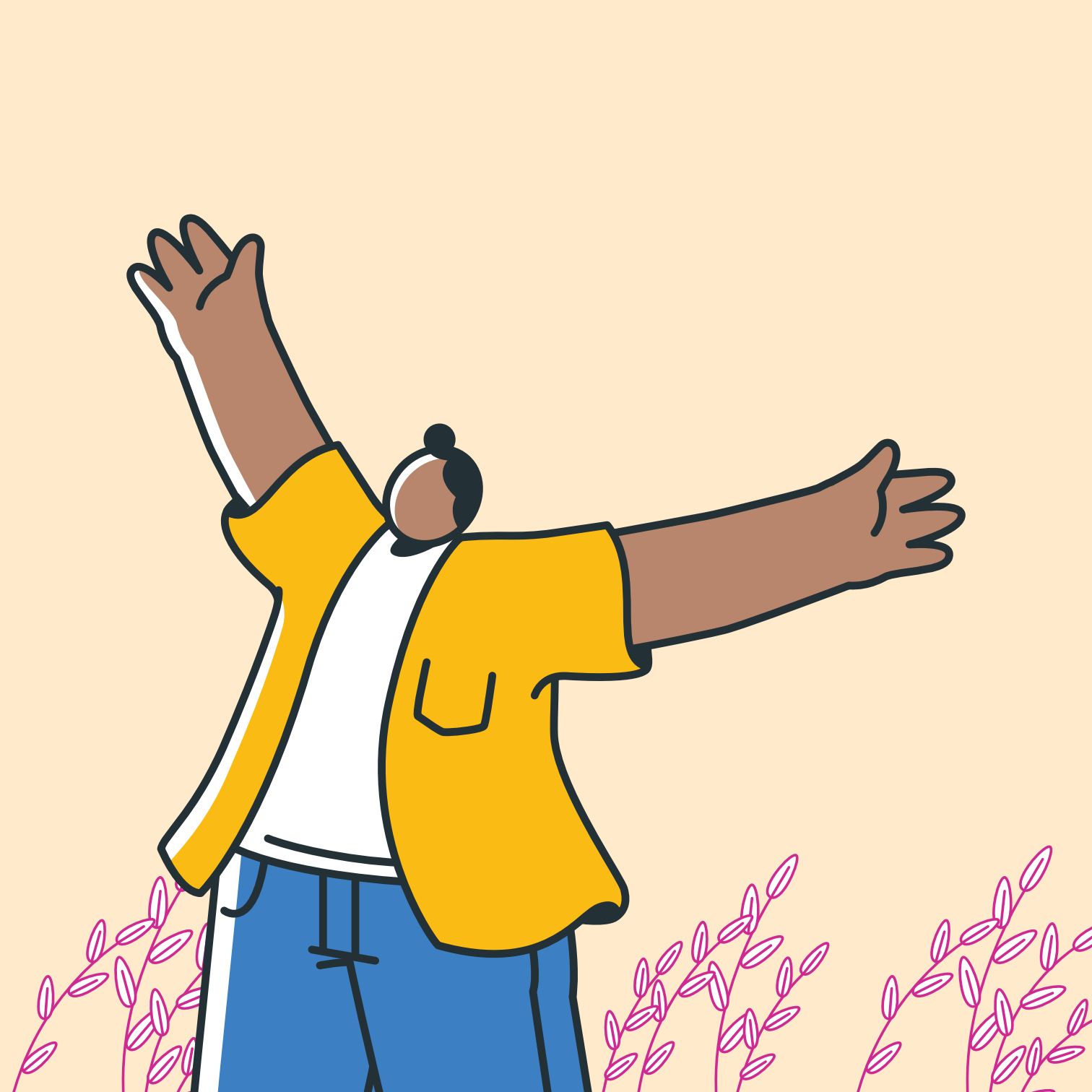
Los autores de esta antología nos recuerdan que la paz se escribe con gestos cotidianos: en la sonrisa que consuela, en la mano que ayuda, en el perdón que libera. Ser constructores de paz es aprender a vivir desde la gratuidad, reconociendo en cada encuentro la oportunidad de amar y dejar huella.

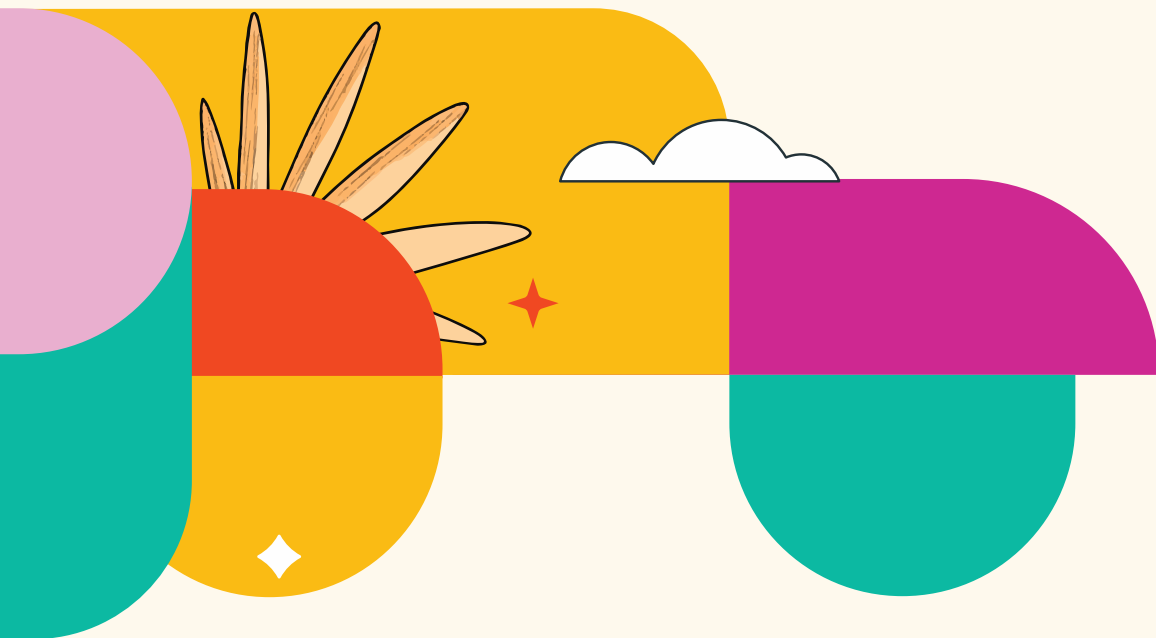
Porque cuando contamos la paz, la hacemos posible.



#VientosDeGracia









cuentos



El secreto de la amistad

Escrito por:

Ian Rafael Morales Villanueva

Instituto Cultural Tampico

Había una vez un cocodrilo joven llamado Rigo y una iguana muy bonita de nombre Dante. Rigo no quería a Dante, porque él veía a la iguana como una deliciosa comida, y Dante le tenía mucho miedo por lo enorme que era y su gran boca.

Un día Dante vio a Rigo llorando y le preguntó: ¿qué te pasa? No he comido en semanas y tengo mucha hambre, respondió el cocodrilo. Bajaré para darte unas deliciosas y jugosas manzanas rojas de mi árbol que, por cierto, ¡yo cuido! Sé que no somos amigos, pero nadie debería sentirse triste y me gusta ayudar a los demás. Los dos disfrutaron del hermoso paisaje y de su fresca comida a la orilla de una laguna donde ellos vivían. Después, le preguntó Rigo: ¿y tú vives solo en ese manzano tan alto? Sí, este es mi hogar, dijo la iguana. ¿Y tú, Rigo, tienes familia? Antes tenía a mi familia, pero un día de muchas lluvias la corriente me

arrastró, me perdí, llegué a este lugar y jamás los encontré.

—Oye Rigo, se me ocurre una idea, ¿qué te parece si tú me cuidas desde abajo y yo te cuido desde arriba, de los cazadores y otros depredadores? Y además ofrezco alimentarte todos los días —le dijo la iguana. —Me parece una grandiosa idea, pero ¿es verdad lo que tú dices? —cuestionó Rigo. —¡Claro que sí!, te doy mi palabra.

Así pasaron los días, semanas, meses, y ellos se llenaban de aventuras juntos, soñando cómo sería si estuvieran con sus familias, imaginando si vivieran en otro lugar y jugando a lanzarse manzanas, pero solo eran ellos dos. Un día al caer la noche, Rigo lloraba con grandes lágrimas de cocodrilo que prácticamente llenaban la laguna. Dante solo lo observaba quieto desde la copa de su árbol, y por la mañana le tenía una canasta llena de frescas manzanas. Se subió por primera vez a su espalda esperando que se despertara. Al abrir sus ojos y boca llena de dientes filosos el cocodrilo, le dijo Dante de inmediato: —Amigo, ¡buenos días! Quiero hablar contigo, no quiero que llores más, ni te sientas triste, te escucho llorar por las noches. Dime, ¿qué más puedo hacer por ti para que no te sientas así? —Es que

no tengo más amigos, me gustaría jugar y creo que todos me temen. —No se diga más, yo te ayudaré a hacer nuevos amigos, aquí hay aves, tortugas y muchos peces, ya lo verás; dijo Rigo. —Es que todos piensan que soy malo y los quiero lastimar, pero solamente quiero comida y amigos que sean como mi familia porque me siento muy solo. Hoy saldremos de paseo alrededor de la laguna para que conozcas a los demás que vivimos aquí. Siempre hemos sido una familia y honestamente desde que llegaste te temíamos por lo grande e intimidante que eres, pero tienes un gran corazón lleno de buenos sentimientos.

En el camino el cocodrilo se disculpó de todas las veces que había intentado comerse a Dante, y aceptó la iguana sus disculpas llenas de honestidad. —Quién imaginaría que en ese cuerpo tan grande que tienes hay un corazón gigante —y los dos rieron. Así iban saludando a Toño la tilapia, Pepe el bagre, Juan el ostión, la señora Lupita, una tortuga lora de 120 años que era la más antigua de esa laguna y platicaba todo lo que ella había vivido, entreteniéndolo a los peces y tortugas pequeñas por las mañanas, Lucy la garza, Fernando el sapo y Paty la rana. A lo lejos venía una parvada de loros que vivían en un árbol del otro lado de

la laguna. Y les dijo Dante: —Les presento a mi amigo Rigo el cocodrilo, es bueno, alegre, divertido, sabe escuchar y hace buenos chistes que hacen reír como un pez payaso. —¡Bienvenido a nuestra familia! —exclamó la señora tortuga. Con lágrimas en los ojos, Rigo les dijo: —Estoy muy agradecido con todos ustedes. —Aquí eres bienvenido a nuestra manada, parvada, y reptiles. Somos una familia de diversas especies que aprendemos y nos cuidamos unos a otros —dijo la garza.

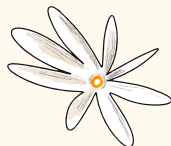
Los días de fuerte viento, guardan comida para todos. Cuando hay tormentas y lluvias, llevan a los más pequeños a sus guaridas para que no se separen de sus familias como le pasó a Rigo. Y desde entonces todos los domingos se reúnen debajo de ese hermoso y enorme manzano para disfrutar gratos momentos en familia como siempre lo quiso Rigo. Todos lo ven como el respetado cuidador de esa laguna y a Dante como el vigilante desde las alturas. Así aprendieron a trabajar en equipo, disfrutar y divertirse todos juntos.

Una noche dice Rigo a Dante: —¿Estás dormido amigo? — Aún no, estoy viendo el conejo que vive dentro de la luna,

pero dime, ¿qué pasa? —¿Todas esas palabras bonitas que dijiste al describirme cuando me presentaste con tu familia es lo que piensas de mí, aun así haya intentado comerte? —cuestionó el cocodrilo. —Así es Rigo, no solo es lo que pienso, estoy seguro y te conozco que eres bueno. Te estuve observando desde el día que llegaste, estabas asustado, llorando y te dejaba caer manzanas, pero tú no las comías. —No tengo como agradecerte lo que has hecho por mí, mi buen amigo Dante —dijo el cocodrilo. Dante respondió: — Ese es el secreto de nuestra amistad, el valor de la gratitud.

Así salían a nadar por la laguna y Rigo dejaba que todos se subieran a su espalda para pasearlos y fueron amigos para siempre.





The Little Bird and the Great Storm of Whisperwood

Escrito por:

Mia Lucia Esquivel Matuck

Instituto Cultural Tampico

Long ago in the heart of Whisperwood, there was a little bird named Flint. He was peacefully sleeping in his little nest on a branch in a big old oak tree, the sun was shining on him, the leaves were gently rustling, everything was peaceful until Acorn the squirrel suddenly landed on the branch Flint's nest was located with a loud thud.

The impact was enough to shake Flint off his nest, he was confused and startled at the mini earthquake, he thankfully caught himself on the fall by flapping his short but beautiful chestnut colored feathered wings. His little heart was racing, he looked back at the branch and saw Acorn, his stare intensified to a glare.

Flint got really upset with Acorn for disturbing his peaceful morning nap, and he screeched at her, "Why did you do that!?"

Acorn was slowly blinking in shock, her fluffy tail now frozen in place. She didn't mean to wake him up, it was an accident. She tilted her tiny head and asked, "Are you okay? I didn't mean to scare you."

Flint got even more upset, he puffed up his chest and asked her, "Answer me first, Acorn! I asked you a question!"

"Okay, okay! I was just trying to hide from a fox! It was chasing me, so I climbed up this tree!" Acorn answered Flint, trying to calm him down.

Her answer did everything but calm Flint down, he got really annoyed at her, "Well that's not my problem! You almost knocked me off my nest!" he retorted.

"It was an accident! I told you I didn't mean to." Acorn replied to him shyly, embarrassed for her mistake. "I don't care if you didn't mean to! Leave me alone!" Flint's anger was at its peak.

Acorn the squirrel was stunned, Flint was being really mean to her. Without any other word, she left.

Some time later, Flint's temper had cooled down, and his belly started to rumble. Flint remembered that his favorite kind of berries always grew on the ground near his tree, so he decided to get down from his nest and take a look.

He flapped his small wings and swooped down into a soft patch of grass. Bolo the bunny was already at the berry bush, munching on some delicious red and purple berries. Flint's hunger was suddenly replaced by anger, he marched angrily towards Bolo.

"Hey! you're eating all the good ones!" Flint shouted with an angry voice.

Bolo the bunny widened his eyes, stunned by Flint's outburst, "Oh...I didn't know they were yours." he replied after swallowing the berry he was munching on.

"Well, they grow next to my tree so it's obvious they're mine!" Flint snapped.

"Uhm there are still some good ones over there, I can bring them to you." Bolo the bunny said, trying to make Flint happy.

"I don't need your help! Just go away!" Flint's anger was out of control.

Bolo the bunny reluctantly hopped away and Flint was left alone with his precious berries and his short temper. Flint didn't even eat the berries anymore he was just too angry to even be awake, all the emotions made him grow sleepy so he

flew back up to the oak tree branch his nest was at, he lied down on his comfy and cozy nest to take his much-needed evening nap.

As the hours passed, the warm sun started to set, leaving the forest of Whisperwood dark and cold, it was at this moment when Flint was rudely awakened by none other than the menacing sound of thunder. Flint was startled and once he realized that a storm was to come in no time, he started panicking. Sure enough, the storm rapidly approached Whisperwood, bringing heavy rain and wind. Flint's nest was quickly destroyed by the storm, leaving him without a shelter and soaking wet. Flint was helpless, unable to think of a solution to his big life-threatening situation. Suddenly, when all of his hope was lost, he heard voices calling his name, it was none other than Acorn the squirrel and Bolo the bunny, calling for Flint to join them in their safe burrow. Flint hesitated, knowing he had hurt their feelings. Shame and regret were the only things he could feel at that moment, he hesitated as he saw them, but suddenly a really hard gush of wind made him realize that he had to own up to his mistakes. He flapped his wet small brown wings and flew down onto the ground where Acorn the squirrel and Bolo

the bunny rushed him into the burrow.

Inside the burrow, everything was warm and dry, unlike Flint. He was shivering, keeping his head down, he couldn't bring himself to look up and face them directly, he was feeling unbelievably guilty because he was so mean to them earlier and despite all that, they helped him.

"Guys...I'm sorry," Flint kept his head down as he apologized, his voice barely audible with the storm outside making a lot of noise. "I shouldn't have treated you that way."

Acorn smiled gently, "You were upset, I get it. But we just couldn't leave you out there."

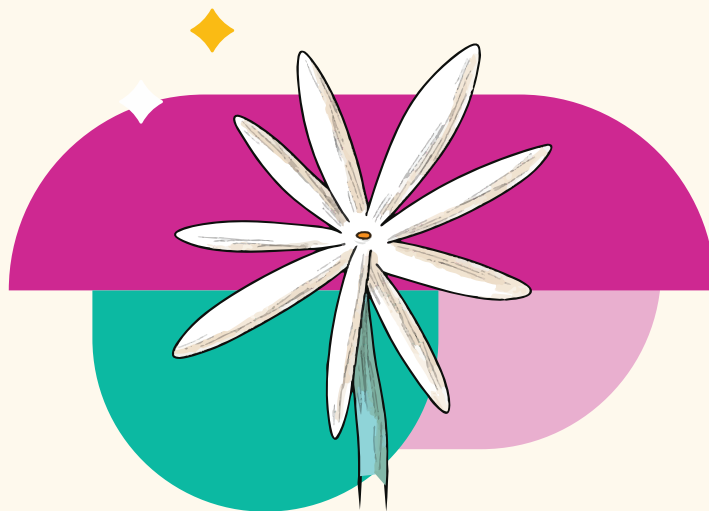
Bolo nodded at Acorn's words, "Friends always help each other, even if they make mistakes."

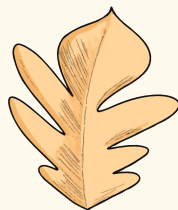
Flint's face lit up at the understanding of his friends and he suddenly realized, Acorn and Bolo were not doing this and expecting something in return, they simply helped him out of the kindness of their hearts, without expecting anything; this was true gratuity.

A few weeks later, Acorn, Bolo and Flint were having a nice picnic on the forest floor. The

sun shone brightly, and the breeze was soft, making the atmosphere light and cozy. As Flint ate his berries alongside his friends, he realized something deep: peace isn't just about being alone, it is about giving, forgiving, and being there for others, just as his friends had been for him.







Desearía haberte dicho “Gracias”

Escrito por:

María del Carmen Izaguirre García,
Gabriela Navarro García,
Óscar Eduardo Méndez Rodríguez

Escuela Carlos Pereyra

En el corazón de un pequeño pueblo ubicado entre montañas, donde las manos y la fuerza de sus habitantes movían el mundo, vivían un anciano llamado Don Gregorio y su nieto, Carlos, de catorce años; la vida aquí se basaba en la actividad física: cosechar, cargar leña, construir y lo más importante, la mina. Pero Carlos, postrado en una silla de ruedas desde que tenía memoria, veía el bullicio del pueblo con ojos amargos desde la ventana de su habitación.

Don Gregorio, de rostro curtido y espalda encorvada por los años y el trabajo duro, cuidaba de Carlos con devoción, con el único objetivo de darle la mejor vida que podía, tratando de aligerar el peso de su condición, a pesar de él mismo sentir que su cuerpo no le rendía más. Sin embargo, Carlos rara vez veía más allá de sus propias frustraciones,

ignorante del esfuerzo que hacía su abuelo día con día.

—Si yo pudiera caminar, todo sería diferente —gruñía un día, como de costumbre, mientras miraba a los chicos de su edad jugar fútbol en la plaza, martirizándose a sí mismo, hundiéndose en el fantasma de lo que no tenía.

—Dios te dio dones distintos, hijo —respondía Don Gregorio con paciencia, tratando de hacerlo entender que las bendiciones que tiene son mucho mayores a lo que adolece—. Hay cosas que aún no ves, pero llegarás a entender, eres bendecido, tienes tantos dones buenos, eres inteligente, ¡brillante! mijo, tu destino es más que quedarte aquí.

Carlos resoplaba con desdén, en su mente, la culpa de su estado recaía en el destino y, por alguna razón que él mismo no entendía, en su abuelo; lo culpaba por no haber hecho más, por no haber evitado su desgracia, aún si sabía que nada de culpa tenía el hombre.

Una noche, después de que Don Gregorio volviera exhausto del campo, Carlos estalló.

—¡No quiero esta vida! ¡No quiero vivir aquí, donde todo depende de tener piernas! ¡No me digas que Dios tiene un plan para mí! Si Dios realmente me amara, no estaría en esta silla. Don Gregorio, herido por las palabras, tomó aire.

—Mijito, nunca olvides que el alma más fuerte no se mide por las piernas que caminan, sino por el corazón que late y las manos que sirven a los demás, tus dones están ahí, esperando que los uses, agradece que los tienes.

Carlos no quiso escuchar. Esa noche, mientras su abuelo dormía, escribió una carta a un tío lejano que vivía en una ciudad grande, le pidió que lo acogiera, y, unas semanas después, con un nudo en el pecho y palabras de despedida mal dichas, Carlos dejó a Don Gregorio.

En la ciudad, Carlos descubrió un mundo nuevo y lleno de oportunidades, pero también uno que podía ser solitario. Su tío lo inscribió en una escuela, donde Carlos conoció a un maestro de ciencias que le inspiró profundamente. Pronto, encontró que, a pesar de sus limitaciones físicas, tenía un don especial: una mente brillante para entender el cuerpo humano.

Carlos decidió estudiar medicina. Sus años de esfuerzo en la universidad estuvieron marcados por un esfuerzo constante, pero cada éxito lo llenaba de una satisfacción que nunca antes había sentido. Comenzó a comprender que quizás su abuelo tenía razón; sus dotes no estaban en sus piernas, sino en su capacidad para sanar y ayudar a otros.

Después de casi una década fuera, Carlos, convertido ya en un médico respetado, decidió regresar al pueblo; imaginaba la sonrisa de Don Gregorio al verlo llegar, al contarle cómo había logrado superar sus limitaciones.

Cuando llegó a la pequeña casa donde había crecido, la encontró vacía y en silencio. Un vecino le dio la noticia: Don Gregorio había fallecido hacía dos años.

Sus últimas palabras habían sido sobre Carlos, diciendo que sabía que su nieto estaba destinado a algo grande y que confiaba en que algún día valoraría lo que le quiso enseñar.

Carlos sintió que el mundo se le venía abajo. Pasó días

encerrado en la casa, revisando las pocas pertenencias de su abuelo. Entre ellas encontró una vieja Biblia, con una nota escrita por Don Gregorio:

“Carlos, Dios no comete errores. Si lees esto, es porque has descubierto tus dones. Perdóname si alguna vez sentiste que no hice suficiente por ti. Todo lo que hice, lo hice con amor. Estoy orgulloso de ti, hijo.”

Carlos rompió en llanto; el peso de sus palabras, de sus propias culpas, lo consumía. Su abuelo siempre había creído en él, incluso cuando él mismo no lo hacía.

Se decidió a honrar la memoria de Don Gregorio, así que Carlos comenzó a atender a los habitantes del pueblo como médico, usaba sus conocimientos para aliviar el dolor y curar enfermedades, especialmente de aquellos que, como su abuelo, trabajaban hasta el límite de sus fuerzas. De igual forma, Carlos compartía con los jóvenes del pueblo historias sobre Don Gregorio, sobre cómo la vida no siempre da lo que queremos, pero siempre da lo que necesitamos; les enseñaba a valorar lo que tenían, a ver los dones que Dios les había otorgado y a usarlos para el bien.

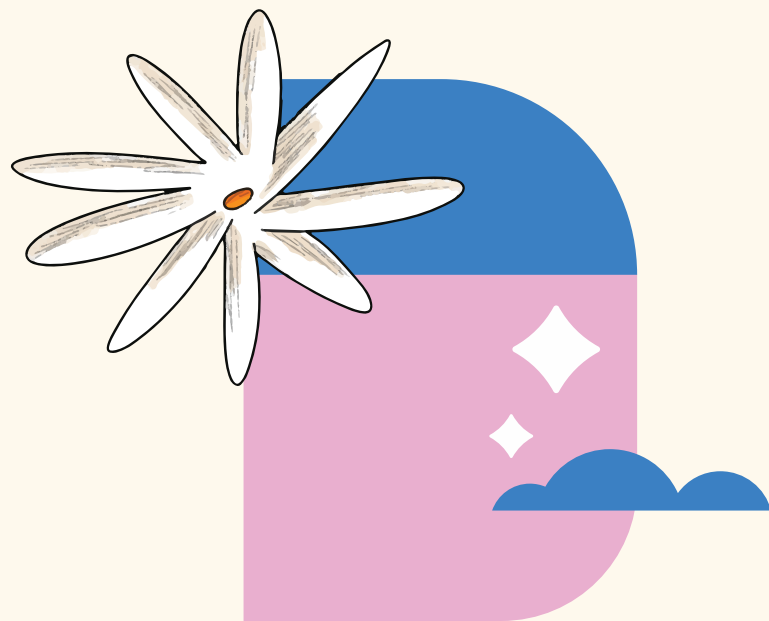
Carlos nunca dejó de extrañar a su abuelo, pero cada vez que ayudaba a alguien, sentía que una parte de él vivía en cada acción.

Una tarde, mientras caminaba por el pueblo, una ancianita lo detuvo.

—Don Gregorio estaría orgulloso de usted—Le habló, sonriéndole, dando ligeras palmaditas en el brazo del hombre— Él siempre supo que serías alguien exitoso, es bueno ver que todo su esfuerzo dió frutos. Carlos sonrió y se inclinó para mirarla a los ojos.

—Sí; es por él que soy quien soy. —Hizo una pausa, mirando hacia arriba— Daría todo por haber podido decirle “Gracias”.







El deseo de las estrellas

Escrito por:

Regina Ixchel González López,
Valeria Correa Durán

Escuela Carlos Pereyra

En un pequeño pueblo rodeado de montañas, vivía una familia que parecía tenerlo todo: una casa cálida, un jardín lleno de flores y tres hijos llenos de vida y alegría.

Sin embargo, dentro de ese hogar, las risas eran cada vez más escasas. Los padres, Clara y Martín, discutían a diario por problemas que iban desde las finanzas hasta viejas heridas sin sanar. Sus gritos resonaban como truenos, que llenaban la casa de tensiones que asustaban a Ana de 10 años, y a Mateo de 7 años.

Lucas, el hermano mayor, de 16 años, se había convertido en el pilar de sus dos hermanos menores. Desde que las peleas de sus padres se hicieron más frecuentes, Lucas asumió responsabilidades que no le correspondían a su

edad. Siempre se aseguraba de que Ana y Mateo hicieran sus tareas les preparaba el desayuno y les inventaba cuentos antes de dormir para distraerlos del ruido de las discusiones de sus padres. A pesar de todo eso, Lucas soñaba con algo más: una vida en paz, donde los gritos fueran reemplazados por risas y las lágrimas por fuertes abrazos.

Cada noche después de acostar a sus hermanos, Lucas miraba por la ventana de su habitación hacia el cielo estrellado. Ahí, con la luz de la luna iluminando su cara cansada y desanimada, susurraba intentando pedir un deseo al universo:

-Por favor, ayúdanos a encontrar la paz en nuestra familia.

Un día después de una pelea súper intensa entre sus padres, Lucas decidió que era hora de hacer algo diferente. Sin decirles nada a Clara y a Martín, tomó la mano de Ana y Mateo y los llevó a un campo cercano a su casa. Ahí, bajo un cielo despejado lleno de estrellas, construyeron un pequeño altar con piedras y ramas.

-¿Qué hacemos aquí Lucas? -preguntó Ana, viendo el altar con curiosidad.

-Vamos a pedirle al universo que nos ayude -respondió

Lucas con seriedad.

Lucas les explicó a sus hermanos que las estrellas habían sido testigos de los sueños de millones de personas, y que, aunque no podían hacer magia, podían escuchar si uno se lo pedía con el corazón. Los tres hermanos después de la gran explicación de su hermano mayor se agarraron de las manos, cerraron los ojos y comenzaron a hablar.

-Queremos que mamá y papá dejen de pelear -dijo Ana con una voz temblorosa y lágrimas en sus ojos.

-Queremos una familia feliz -agregó Mateo, apretando muy fuerte las manos de sus hermanos.

Lucas, más maduro agregó:

-No pedimos perfección en la familia, si no, solo un poco de paz y calma. Cuando regresaron a casa, encontraron algo poco inusual... Sus padres estaban en el sillón, hablando en voz baja. No se estaban gritando. Aunque todavía se sentía cierta tensión, fue un pequeño respiro en medio de todo el caos.

Lucas, motivado por esa noche, comenzó a buscar diferentes maneras para mejorar la convivencia en la familia.

Decidió organizar una cena familiar sin nada de distracciones, donde todos pudieran hablar sobre su día. También propuso que todos los domingos fueran días de

diversión, juegos de mesa y muchas otras cosas más. Al principio a sus padres no les gustó la idea y participaron con desgano, pero poco a poco se fueron involucrando.

Una noche mientras cenaban, Lucas reunió todo el valor para hablar.

-Sé que las cosas no están bien, pero Ana, Mateo y yo, queremos que nuestra familia sea feliz y que acaben las discusiones. ¿Podemos intentarlo juntos?

Sus palabras llenas de honestidad tocaron el corazón de Clara y Martín. Y por primera vez en mucho tiempo, se miraron a los ojos y se dieron cuenta del gran impacto que sus discusiones estaban causando en sus hijos. Al día siguiente, decidieron buscar ayuda profesional.

El camino hacia la paz no fue nada fácil. Clara y Martín asistieron a terapia de pareja y aprendieron a comunicarse de una manera más respetuosa y agradable. También comenzaron a pasar más tiempo de calidad con sus hijos, participando en todas las actividades que Lucas había organizado.

Con el tiempo y el pasar de los meses, la casa se fue transformando. Los gritos cada vez se volvieron cada vez más raros, siendo reemplazados por conversaciones y risas. Clara y Martín aún tenían algunas diferencias, pero ahora

sabían cómo resolverlas sin herir a los demás. Ana y Mateo por su parte, comenzaron a dormir mejor y recuperar toda la alegría que habían perdido.

Una noche mientras miraban las estrellas desde el jardín, Mateo le preguntó a Lucas:

- ¿Crees que el universo nos escuchó? -

Lucas sonrió, recordando todo el esfuerzo que habían puesto como familia para mejorar la relación.

-Creo que las estrellas nos dieron una señal, pero el resto lo hicimos nosotros.

Estoy realmente agradecido con ustedes por haberme ayudado en este proceso.

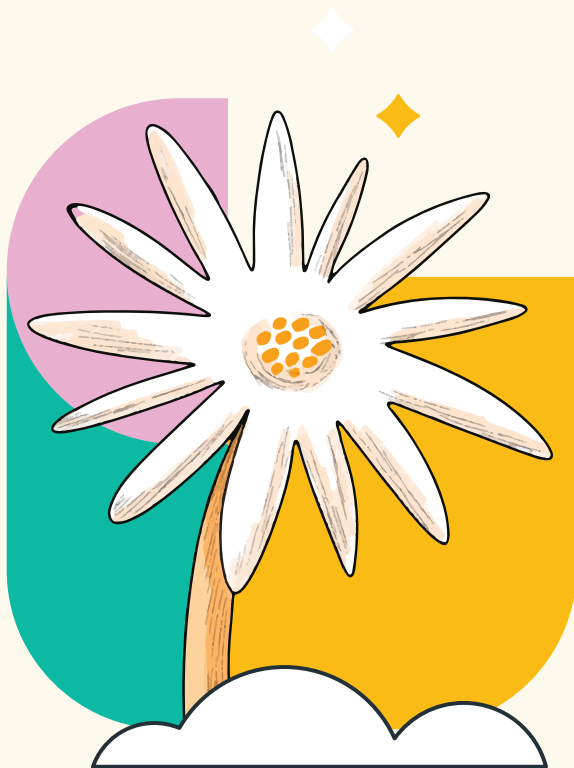
Desde entonces cada vez que se complicaban las cosas, Lucas recordaba aquella noche en el campo. Las estrellas no eran mágicas, pero habían sido el catalizador para que él se atreviera a tomar acción. Sabía que el verdadero cambio venía del esfuerzo conjunto de todos, de no rendirse incluso en los momentos más difíciles de la vida.

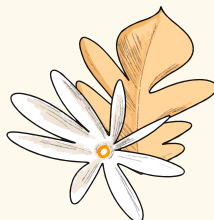
Por otro lado, Clara y Martín, sus sesiones cada vez eran menos y en su casa la comunicación mejoraba entre ellos y con sus hijos.

Ya en casa de Lucas, Clara les dice a sus hijos -su padre y yo estamos muy agradecidos por su ayuda, los amamos con toda el alma. -

La casa de Lucas nunca fue perfecta, y tal vez nunca lo sea, pero había aprendido que la perfección no era lo importante. Lo esencial era el amor, la comunicación, la comprensión y el deseo de crecer juntos como familia. Ahora, cada vez que miraba las estrellas, no solo veía un universo infinito, sino también un recordatorio de que incluso en los sueños más pequeños pueden convertirse en realidad si uno lucha por ellos.







The Gift of Gratitude

Escrito por:

Sebastián García Pérez

Instituto Cultural Tampico

There was once a girl named Emma. She was kind, happy, and full of life. She had everything she could ask for, a loving mother, a warm home, and good friends.

Every day, she smiled and treated others with kindness. She never hurt anyone and always tried to help those in need.

But one day, everything changed. Her mother became very sick. It happened so suddenly that Emma didn't understand why. The doctors said her mother had to stay in the hospital for weeks. Emma felt scared and alone. Her mother was the person she loved the most, and now, she was suffering.

Emma couldn't understand why this was happening to her. Why me? she asked. There are so many bad people in the world, people who lie, steal, and hurt others. But my mother is a good person, and I have never done anything wrong. So

why does she have to suffer?

Emma felt angry. She blamed God for her mother's illness. Every night, she prayed, but not with hope, with frustration. God, why are you doing this to me? I have always been kind. I have never done anything bad. Why do I have to suffer like this?

Days passed. Then weeks. Then months. But her mother did not get better. Emma felt like she was losing hope. She stopped praying, stopped believing. Maybe God doesn't care about me, she thought. Maybe He has abandoned me.

One day, while sitting alone in the hospital waiting room, Emma met a boy named Lucas. He was about her age and had a kind smile. Even though Emma didn't feel like talking, Lucas sat beside her. Are you okay? he asked.

Emma shook her head. No, my mom is sick. She has been in the hospital for a long time. I don't understand why this is happening.

Lucas nodded. I know it's hard, he said. But you are not alone.

Emma looked at him and felt a strange feeling. He was so peaceful, so happy. It made her feel envious. You don't understand. Your life must be perfect, she said bitterly. Maybe God loves you more than me.

Lucas laughed softly. My life is far from perfect, he said. Do you want to come to my house and see?

Emma hesitated, but in the end, she agreed. When she arrived at Lucas's house, she was surprised. It was small, not fancy, but it was warm and full of love. There were pictures on the walls, old furniture, and a simple but cozy feeling in the air.

Where are your parents? Emma asked.

Lucas hesitated for a moment, then said, My real parents died in a car accident when I was little. I don't remember much about them. I was sent to an orphanage, but then this family adopted me. They don't have much money, but they love me, and that is enough.

Emma was shocked. She had thought Lucas had a perfect

life, but he had suffered too. But how can you be so happy? How can you believe in God after everything? she asked.

Lucas smiled. Because I am grateful. God gives and takes away, but He always has a reason. My parents are gone, but He gave me a new family that loves me. I could spend my life asking why, but instead, I choose to be thankful for what I have.

Emma was silent. She thought about everything Lucas said. She thought about her mother, about how much she loved her. Even though she was sick, Emma had shared so many wonderful moments with her.

That night, Emma went home and thought deeply. She remembered all the times she had blamed God, all the times she had felt angry. She had forgotten about the good things in her life. She had a home, friends, love. She realized she had spent so much time asking, Why me? that she had forgotten to be thankful for everything she still had.

Days passed, then weeks. And then, one day, her mother took a turn for the worse.

The doctors did everything they could, but Emma's mother did not survive. Emma felt like her world had ended. She cried, screamed, and felt like she couldn't breathe. The pain was unbearable.

But then, she remembered Lucas's words: God gives and takes away, but He always has a reason.

Emma closed her eyes and whispered, Thank you, God, for giving me a mother who loved me so much. Thank you for every hug, every story, every laugh. Thank you for the time I had with her.

She still felt pain, but at that moment, something changed. She felt a sense of peace she had never felt before. She understood that gratitude was not about being happy all the time. It was about appreciating what you have, even in difficult moments.

Emma and Lucas remained friends. She still missed her mother every day, but now, she faced life with a different heart, a heart full of gratitude. She realized that even in the darkest times, there is always something to be thankful for.

Over time, Emma started helping others. She volunteered at the hospital, talking to kids who were going through similar pain. She shared her story and reminded them to be grateful for the love they had in their lives. It wasn't always easy, but she learned that gratitude gave her strength.

One day, she visited Lucas again. Thank you, she said. You taught me something that changed my life. Gratitude doesn't erase pain, but it gives us the strength to carry on.

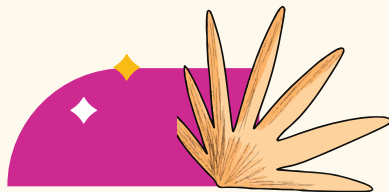
Lucas smiled. We all have something to be grateful for. Even in the hardest times.

And with that, Emma continued her journey, not free from sadness, but stronger, knowing that gratitude would always guide her through.

From then on, she saw life differently. She appreciated every little moment, from the warmth of the sun on her skin to the laughter of children in the park. She understood that life is full of ups and downs, but gratitude is what keeps us moving forward. And so, with a heart full of appreciation, Emma embraced the future, knowing she was never truly alone.







Le Cadeau Invisible

Escrito por:

Vanessa Alizeé Alejo Ascención,
Christopher Armstrong Llama, Michelle
Alejandra De La Cruz Woo, María Valeria
García Silva, María Andrea Lozano Llerena,
Britany Lizeth Toledo Malerva, José Pablo
Vega García

Instituto Cultural Tampico

Dans une grande ville animée, vivaient deux enfants que tout opposait. D'un côté, il y avait Christo, un garçon de dix ans issu d'une famille très riche.

Sa maison était immense, remplie de jouets dernier cri, et il avait tout ce qu'il voulait, sauf une chose : l'attention et l'amour de ses parents, souvent trop occupés par leur travail. Il mangeait seul, jouait seul et s'endormait dans une chambre dorée, mais vide de chaleur humaine.

De l'autre côté de la ville, dans un quartier modeste, vivait Pablo. Contrairement à Christo, il n'avait ni jouets de luxe ni vêtement élégant. Sa maison était petite, parfois froide en hiver, mais elle résonnait toujours de rires et de conversations animées. Ses parents et ses frères et sœurs se serraient les coudes et partageaient tout, même les plus petites joies du quotidien.

Un jour, alors que Christo se promenait dans un parc, fatigué de ses jeux solitaires, il remarqua Pablo qui jouait avec un ballon usé, entouré de ses frères et sœurs. Curieux, Christo s'approcha et observa leur bonheur simple. Intrigué, Pablo lui proposa de jouer avec eux. Hésitant au début, Christo finit par accepter, et pour la première fois depuis longtemps, il rit sincèrement.

À la fin de l'après-midi, Christo invita Pablo chez lui. En entrant dans la demeure luxueuse, Pablo ouvrit de grands yeux. Il n'avait jamais vu autant de jouets et d'équipements. Pourtant, après quelques minutes, il remarqua le silence pesant qui régnait dans la maison. Pas de cris joyeux, pas d'éclats de rire, juste un vide que même les objets les plus chers ne pouvaient combler.

"Tu as tout ça, mais tu es toujours seul?" demanda Pablo, surpris.

Christo baissa les yeux et hocha la tête. "Oui... Je donnerais tout pour avoir une famille comme la tienne."

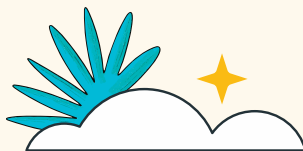
Pablo réfléchit un instant avant de dire : "Moi, parfois, je rêve

d'avoir des jouets comme les tiens. Mais maintenant, je vois que j'ai quelque chose d'encore plus précieux : l'amour de ma famille."

Ce jour-là, les deux enfants comprirent que la richesse ne se mesurait pas seulement en biens matériels, mais aussi en amour et en présence. Ils se promirent d'être reconnaissants pour ce qu'ils avaient et de partager avec ceux qui avaient moins. Ainsi naquit une belle amitié, où chacun apportait à l'autre ce qu'il lui manquait.

Depuis ce jour, Christo passait souvent du temps avec la famille de Pablo, apprenant le bonheur des petits moments partagés. En retour, il offrait à Pablo des livres et des outils pour apprendre, l'aidant à réaliser ses rêves.

Tous deux avaient reçu un bien précieux sans le savoir : la gratitude et l'amitié.





El Eco de su Ausencia

Escrito por:

Alejandra Isabella González Tapía

Instituto Cultural Tampico

Soy un soñador. Un soñador atrapado en la memoria del mayor regalo que ha tenido jamás. Eso lo tengo más que claro. Lo único que atraviesa mi mente cotidianamente, es esa mujer, un recuerdo que me iluminó, aún resguardado en la profundidad de mis pensamientos, aquel deseo incumplido que jamás volverá a ser mío.

Tengo 65 años, vivo en el rincón de mi soledad, reviviendo consuetudinariamente aquella borrosa escena. Aún lo recuerdo a detalle; ese día, un sol débil resplandecía por las calles de mi solitaria ciudad. Siempre he sido así, un vago y solitario soñador. Yo caminaba sin rumbo, esperando que algo sucediera, buscando la pieza faltante al vacío de mis días.

A veces, pienso que he recibido muchos bienes. Si, y quizá

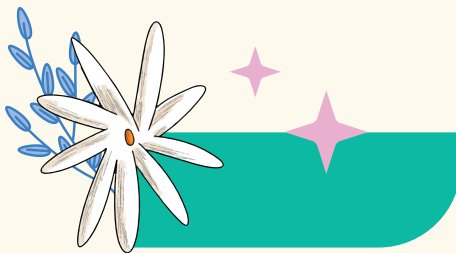
no de la forma en la que todo el mundo espera recibirlos, sino en la forma eufórica de un sueño y deseo volviéndose realidad por un momento. Me refiero a aquella vez, en donde quizá pensé que podría ser especial, en donde tuve la esperanza de sentir que la vida podría ser diferente. Aún recuerdo la mirada fugaz de aquella mujer, en la que vi reflejado el amor que nunca jamás había experimentado. ¿Fue un regalo? Eso lo tengo más que claro. Si lo fue. Después de 35 noches reflexionando sobre aquella ocasión, he logrado concluir, que, aunque ella no esté aquí, a mi lado, lo que recibí de ella, fue algo que me tocó, algo que me cambió de manera irremediable.

Todo aquello que ella me dió, no fue algo material, fue un bien intangible, pero tan real para mí como cualquier objeto que se pueda tocar. Esas tardes con ella, crearon en mí un sentimiento inefable, jamás experimentado antes. Aunque fuera solo por un instante, creí haber encontrado a alguien, quien iluminaba la llama apagada de mi corazón que se compartía a través del aire que nos unía. ¿Quién me dió eso? Algunos lo llamarán el destino, el universo, pero yo lo llamo Dios.

¿Cómo podría agradecerlo? Ah, he reflexionado mucho sobre esto. En ocasiones reconozco que soy incapaz de hacerlo. El agradecimiento no es algo que se pueda expresar con palabras, ni mucho menos con gestos, cuando se trata de una sensación tan efímera, tan intangible. Tal vez solo lo agradezco en el silencio de mis pensamientos, en los susurros de mi corazón, en la forma en que guardo ese recuerdo con el mayor aprecio posible. Pero, claro, también me duele que todo sea solo un sueño, que no haya nada literal que pueda hacer para agradecerlo. ¿Cómo agradecer algo que nunca fue mío?

Al final, solo me queda seguir caminando por la ciudad, buscando algo más que nunca llegará, esperando que esos momentos de belleza que alguna vez me regalaron se repitan. Pero soy consciente de que, en el fondo, no hay nada que pueda hacer para evitar la soledad que me envuelve. No hay agradecimiento suficiente por la enseñanza que tuve tras esa bella y trágica mujer.





The kid who found gratitude

Escrito por:

Carlos Fernando Arvizu Winfield

Instituto Cultural Tampico

Liam had always been angry.

He wasn't sure when it had started, but for as long as he could remember, he had felt that the world was against him. His parents never let him do what he wanted.

His teachers were always pushing him too hard. Even his friends didn't seem to understand him. Every day felt like a battle, and Liam was tired of fighting.

One evening, after another argument with his mom about his schoolwork, Liam stormed into his room and slammed the door shut. “They don’t care about me,” he muttered. “They just want to control me.” He laid on his bed, staring at the ceiling, feeling the weight of his anger pressing down on him. The next morning, he decided he wouldn’t talk to anyone. If the world didn’t care about him, then he wouldn’t care about the world. At school, he ignored his classmates. At home, he barely looked at his parents. When his mom asked him if he wanted dinner, he simply shrugged and went to his room.

One day Liam asked his mother “Mother please buy to me Jordan 4” and his mother asked: “How much do they cost?” and Liam said “Like 4 hundred dollars” and his mother told him she couldn’t buy them. Liam wanted them so much! This only seem to make his anger grow inside him. It felt like a fire, burning hotter with every moment.

But then, something unexpected happened. One night, as Liam was heading to the kitchen for some water, he heard his parents talking in hushed voices. "I don't know what to do anymore," his mom said. "I feel like he hates us ". He felt sad, but his anger was still controlling him.

"He doesn't hate us," his dad replied. "He just doesn't see everything we do for him. I've been skipping lunch to save money for his new school trip. And you've been working extra shifts just to buy him the sneakers he wanted I am going to the bank to get more money to pay the house."

Liam's heart stopped. He had never thought about things that way. He had been so focused on what he didn't have that he never noticed what his parents had given him not just gifts, but their time, their effort, and their love. In that moment a thought came into his mind: "They love me!". A feeling of happiness filled his heart.

For the first time in a long time he really felt joyful. He went back to his room, but this time, he didn't slam the door. Instead, he laid awake, thinking about everything.

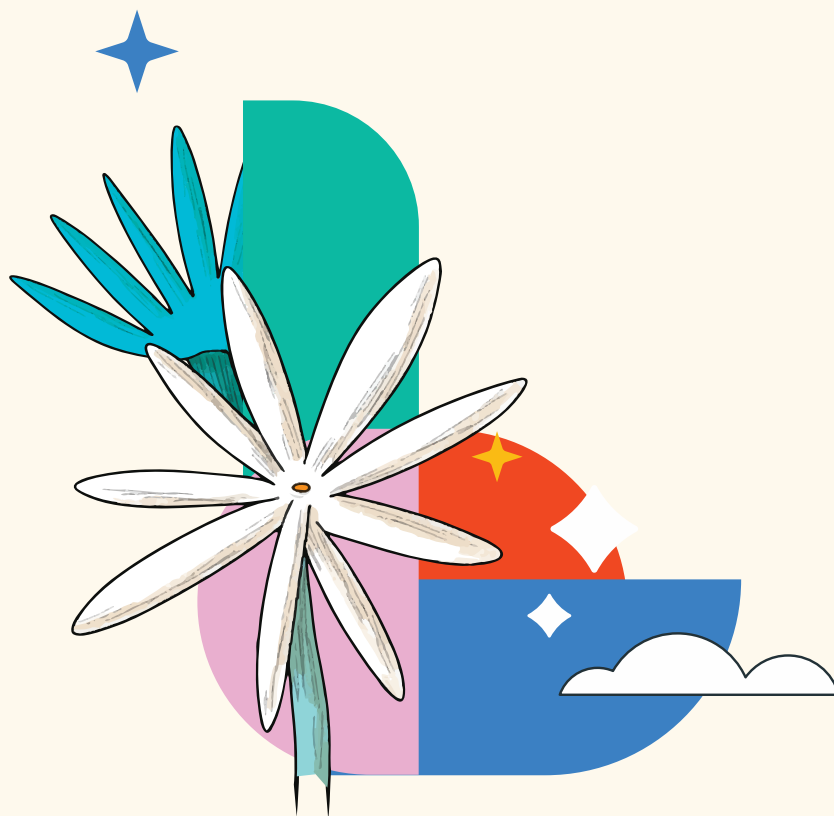
The next morning, when he walked into the kitchen, his mom was making breakfast. Usually, he would just grab his plate and leave, but this time, he hesitated.

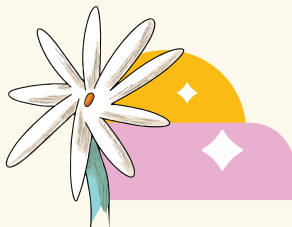
Then, in a quiet voice, he said, "Thanks, Mom."
She turned around, surprised. "For what?"
"For... everything."

A small smile appeared on her face, and for the first time in a long time, Liam felt warmth instead of anger.

Little by little, things started to change. He talked to his dad about his day. He helped his mom with the dishes. He even laughed with his little sister. His anger hadn't disappeared completely, but now, he had a better perspective towards life.







Faunaria

Escrito por:

Karla Sofía Torres Sifuentes,
Marcelo Antonio Cocom Chávez,
Valentina Paredes Mata

Escuela Carlos Pereyra

Hace mucho, mucho tiempo, antes de la era moderna, existió un gran reino llamado Faunaria, donde los humanos vivían en compañía y armonía entre sí, sin las actuales guerras que azotan nuestro mundo.

En un pequeño pueblo de ese reino llamado Ladveria vivía un niño de 11 y pelinegro llamado Aro, que siempre había soñado con conocer el mundo fuera de su pueblo, pero nunca había logrado cumplir ese sueño ya que todos decían que un niño de su edad no sería capaz de sobrevivir en un mundo tan grande... O al menos eso era lo que sus compañeros le hacían creer.

Anualmente, todos los pueblos se reúnen para celebrar la unión que hay en el reino, haciendo el “festival de la gratitud” agradecer que hoy se cumple un año más desde la formación del reino”.

Aro llegó con el jefe de la aldea que había optado por dejarlo acompañarlo, y poder cumplir su sueño de ver el mundo y al resto de pueblos del reino. Aro observaba con emoción el lugar, maravillado con el espacio en donde estaba. Desde que él había nacido, su vida había estado llena de travas, al llegar al lugar sintió una emoción enmudecedora la cual mostraba evidentemente, al seguir caminando por el lugar el jefe se arrodilló a la altura de Aro y le dijo:

—Recuerda Aro, en este festival no solo se celebra la unión, es también una oportunidad para resolver los conflictos del pasado, pero donde hay conflictos siempre hay peligro, recuerda siempre voy a protegerte a ti y a los demás.—

Justo cuando Aro le iba a responder se escuchó un gran sonido, acompañado de una gran explosión justo en el centro del festival, de un momento a otro, una flecha

atravesó el pecho del líder del pueblo de Aro.

Aro se quedó atónito al ver a la única figura paterna que tenía morir ante sus ojos, sintió las lágrimas caer por sus mejillas y un dolor agudo en el pecho.

Sin embargo, en medio del caos, Aro recordó las palabras del jefe. Reunió el valor para ayudar a los demás aldeanos heridos, guió a los niños a refugios seguros y buscó proteger a los más vulnerables. Poco a poco, empezó a entender el verdadero significado del festival de la gratitud.

Aro se adentro dentro de todo el caos para buscar al responsable de toda la destrucción y ponerle un alto.

Después de unos minutos de búsqueda finalmente lo encontró, era un conquistador que tenía el objetivo de esclavizar y c conquistar el reino, se llamaba Neoptolomeo III, Aro al mirarlo sintió un miedo profundo, el conquistador al ver a Aro se río, quería humillar al niño y hacerlo perder la dignidad y la esperanza, así que agarró una de sus espadas y se la lanzó a Aro para que la agarrara e intentara pelear.

—Vamos, niño, ¡muéstrame de lo que puedes hacer!— gritó Neoptolomeo con burla.

Aro se acercó a recoger la espada. Al intentar agarrarla, notó que era más pesada de lo que pensó, por lo que tuvo problemas para blandirla. Sus brazos temblaban, pero no dejó que el miedo lo paralizara. Recordó las enseñanzas del jefe de la aldea y, sobre todo, su promesa de proteger a los demás.

Neoptolomeo avanzó con paso firme y mirada desafiante.

—¡Eres patético, tu y todos aquí!— se burló el conquistador, desenvainando su espada.

Pero Aro respiró hondo y apretó con fuerza el mango de la espada. No necesitaba ser fuerte, necesitaba ser valiente. Con cada movimiento torpe, sentía el peso no solo del acero, sino de la responsabilidad de su pueblo. Comprendió que la gratitud también era reconocer el valor de lo que otros le habían enseñado.

—No lucho solo por mí—dijo Aro con voz firme—. Lucho por

Faunaria, por la unión y por aquellos que me enseñaron a nunca rendirme.

Y así, Aro levantó la pesada espada, dispuesto a enfrentar al conquistador.

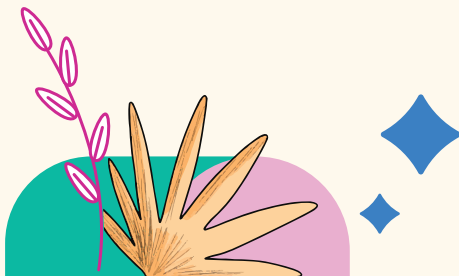
Se desató una batalla épica entre Aro y Neoptolomeo, la cual duró toda la noche hasta que salió el sol, en la cual Aro resultó vencedor.

Esa día, mientras celebraba con otros supervivientes, Aro miró las estrellas y susurró:

—Gracias por haberme dado la oportunidad de estar aquí. Gracias por enseñarme que, incluso en la oscuridad, puedo ser luz.

Desde ese momento, Aro juró honrar la memoria del jefe protegiendo a su pueblo y buscando la paz en el reino. Comprendió que la gratitud no solo era agradecer lo bueno, sino también encontrar fuerza y propósito en medio de la adversidad.





Un regalo en el tiempo

Escrito por:

Lizbeth Michelle Franco Aviña

Instituto Lux

Y, estando frente a mi padre, sabiendo que lo que él me decía podía convertirse en una realidad en cualquier momento... sentí que se me congelaba la sangre.

Hace diez años, daba las cosas por sentado. Pasé por la universidad, donde sinceramente no disfruté ni aproveché mi tiempo. Mis calificaciones fueron malas, mis finanzas peores, y amigos tuve muy pocos. Pero me acostumbré.

Ahora, diez años después, tengo una vida que no es mi ideal, donde me siento solo y abrumado. Gano poco dinero, y los pocos amigos que tengo están formando familias, mientras que yo me encuentro sin haber llamado nunca a alguien “mi pareja”. Pero lo que más me duele: mi papá ya no está conmigo.

Definitivamente las cosas no son como me gustaría. Siempre creí que nunca podrían mejorar, y por lo tanto jamás me esforcé en cambiar el rumbo de mi vida. Hasta... hace poco.

Unos días atrás, mientras me preparaba para visitar el cementerio en el aniversario del fallecimiento de mi padre, la colonia que me estaba aplicando se me cayó debajo de la cama y me agaché para buscarla. En vez de agarrar el frasco, terminé por sacar una antigua caja de música circular que en su momento yo había comprado como regalo para mi papá. Pequeña y de madera, emitía una bella melodía cuando girabas la base. Creí que le encantaría, pero el mismo día que la compré, accidentalmente la dejé caer y se rompió. La guardé, y al final nunca llegué a dársela.

En cuanto la vi, me dije: “¿Y por qué no la arreglo? La puedo dejar como regalo a mi papá en su tumba.” Me gustó la idea, entonces terminé de arreglarme y salí en busca de ayuda. Pasé por varias tiendas y pregunté a técnicos, pero la respuesta era siempre la misma:

- Es vieja y difícil de arreglar. Nadie te ayudará.
Decepcionado, terminé caminando por un parque cercano. Me senté en una banca, cansado y desesperado. No se trataba solo de la caja; me sentí enojado conmigo mismo por nunca poder hacer nada bien. En lo que pensaba, un señor mayor se acercó a la banca y se sentó junto a mí. Me pareció extraño. Tantas bancas, ¿y justo esta? Tras un momento de silencio, él habló:

- Disculpa, ¿sabes cómo se llega al centro comercial?- Lo miré, sorprendido por la simple pregunta, y contesté.

- No, lo siento. Pero puedo buscarlo.- Saqué mi celular y le mostré el camino. Aunque... el hombre parecía más interesado en la caja musical. La señaló y siguió.

- Te vi hace rato preguntado por eso.

Dudé un poco antes de asentir.

- Sí, pero me han dicho que no hay forma de arreglarla.

El hombre tomó la caja en sus manos y la examinó.

– Es vieja, lo veo. Pero creo que podría arreglarla.– Me miró, curioso.– ¿Por qué la conservas si está rota?

– Es importante. – Sentí que mentí. No era realmente, pero me traía recuerdos.– Bueno... me recuerda a alguien.

– Si la arreglara, ¿qué harías con ella?– Lo contemplé por un momento.

– Se la daría a alguien que ya no está aquí.

El hombre asintió como si lo entendiera. Me sonrió amablemente, e inesperadamente se ofreció:

– Si quieres, puedo arreglarla. Hago trabajos manuales desde hace años. La dejaré como nueva. – Me aseguró.

Lo dudé un momento, pero... parecía sincero. Me preguntó mi dirección, asegurándome que en menos de un día la mandaría. A pesar de los peligros, terminé por acceder.

Y cumplió. La tarde siguiente, un paquete llegó a mi puerta y sin dudarlo lo abrí. ¡Inmediatamente sonreí! ¡La caja estaba arreglada!

La coloqué sobre mi escritorio para comprobar que el trabajo era impecable. Giré la base lentamente y aquella melodía familiar comenzó a sonar. Era como lo recordaba, pero entonces... el ambiente se volvió borroso. El destello de la caja incrementó, me hizo sentir mareado. Y entonces, oscuridad.

Me senté perezosamente en la cama, mirando alrededor. Era mi cuarto. Pero distinto. La decoración, muebles y sábanas eran ligeramente diferentes.

Alterado, busqué la caja musical. Ahí estaba, sobre el escritorio. ¿Tal vez un sueño?

Me vestí y salí a la calle, tratando de tranquilizarme. Pero... también se veía distinto. Recordaba vagamente cosas, pero nada se veía moderno. Revisé mi celular, que de repente era un modelo antiguo. En lo primero que me fijé: La fecha. No estaba en 2025. Y entonces me di cuenta que había viajado al pasado.

Sin importarme nada más y con el corazón acelerado, corrí hacia la que había sido la casa de mi padre. Toqué el timbre y... ahí estaba él. Vivo. Me rompí en llanto y lo abracé, y mi papá no supo cómo responder. Estaba confundido y me pedía que me tranquilizara.

Durante días, no supe como actuar. No era un sueño, lo comprobé. La caja musical era un intermediario entre el pasado y mi presente. Las películas siempre te dicen que cambiar las cosas es incorrecto, pero... yo decidí aprovechar la oportunidad. Quería cambiar mi vida.

No fue fácil, pero poco a poco empecé a cambiar. Me esforcé para estudiar, hice amigos, y arreglé lo perdido.

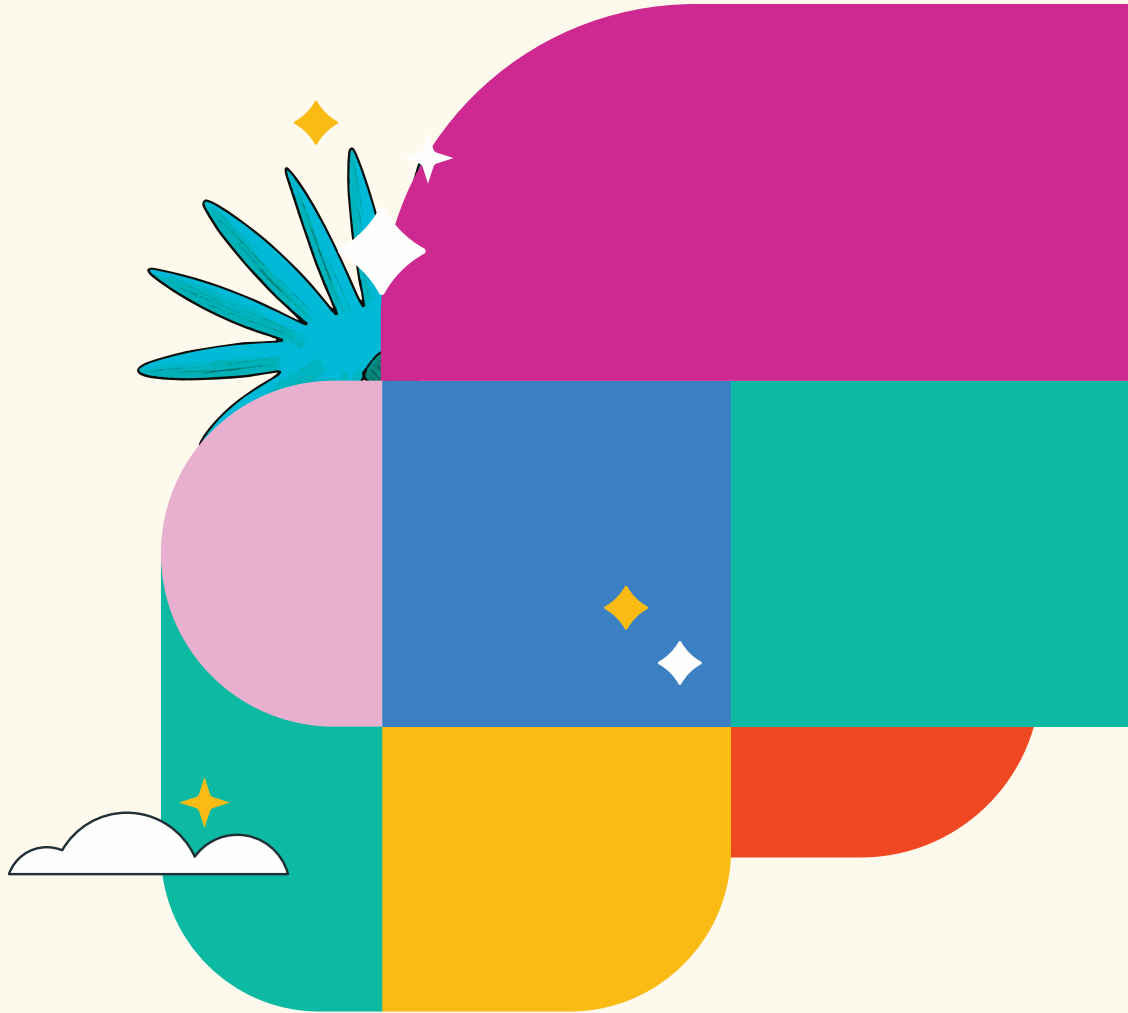
Un día, finalmente decidí volver a mi tiempo normal. Nuevamente estaba en mi apartamento, pero era diferente. Había fotos de amigos, mensajes de mi pareja, y llamadas de mi padre. Actualmente, mi vida no es perfecta, pero soy profundamente feliz.

Créeme, no necesitas una máquina del tiempo para aprovechar y agradecer todo lo que hoy tienes. El amor es poderoso, y puede cambiar muchas cosas.



poemas







Un grito por la nación

Escrito por:

Ana Sofía Juárez Flores

Instituto Cultural Tampico

En sombras densas de miedo y pena,
camina el alma con paso herido,
se pierde el eco de voz serena,
se ahoga un sueño jamás cumplido.

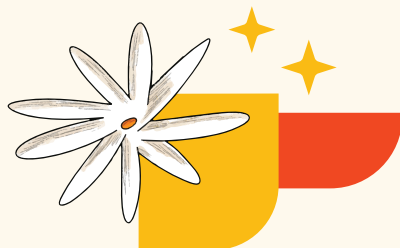
Las calles gritan su amarga historia,
susurros rotos en la ciudad,
rostros que fueron, polvo y memoria,
llanto que clama por dignidad.

Más no se apaga la llama pura,
ni la esperanza deja de arder,
aun en la noche más insegura
surge la luz de un nuevo amanecer.

Que cese el odio, que calle el fuego,
que el miedo deje de ser prisión,
que el mundo escuche nuestro ruego:
¡paz en el alma y en la nación!

Y que la tierra, con voz sincera,
cante un futuro sin opresión,
donde la vida sea bandera
de un pueblo libre, sin condición.





Mon coeur béni

Escrito por:

Ximena Azua Martinez
Jimena Fernández Pequeño

Instituto Cultural Tampico

Le premier bien que j'ai eu,
Ce fut mon cœur bienvenu.
Puis est venue ma famille,
Et ma maison, douce et tranquille.

Mais rien n'égale, c'est certain,
Son amour et sa passion, sans fin.
Je suis très fortunée,
Avec un lit, de la nourriture à volonté.

J'ai tant d'amour à partager,
Câlins, lettres, sourires à échanger,
Mes manières préférées de dire,
Merci à la vie, pour tant de plaisir.

Plaisir de l'arbre que j'ai planté dans ma maison,
Fermement planté comme mes pieds
qui, sur le sol, ont tendance à bouger.
Reconnaissante du mouvement,
qui me mène à la mer.

La même mer que je remercie,
qui va et vient sans attendre,
Des biens que j'espère venir sans cesse.
Je remercie sa présence comme la mer,
j'espère que ceux-ci aussi viendront sans attendre.





Te quiero, te agradezco

Escrito por:

Ximena Azúa Martínez

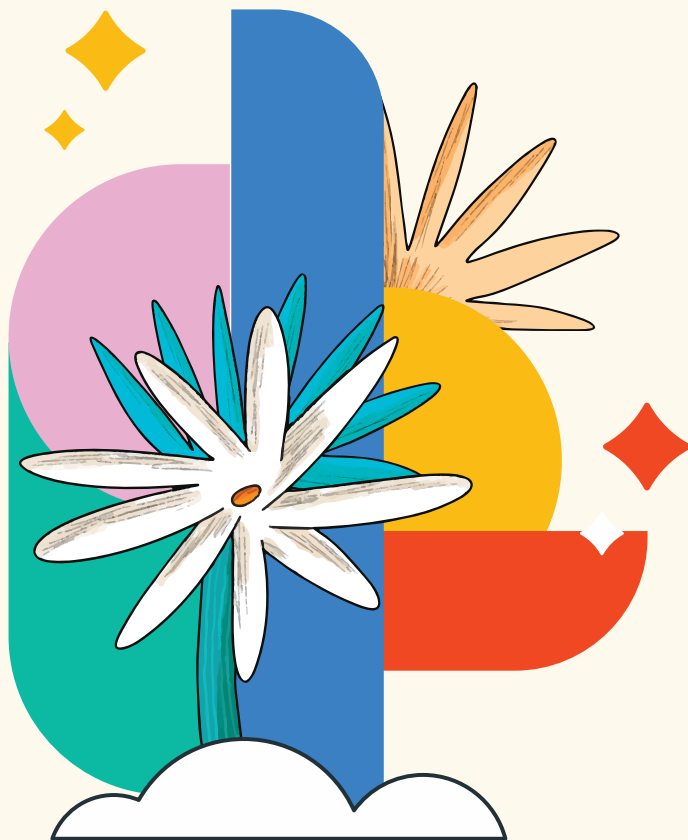
Instituto Cultural Tampico

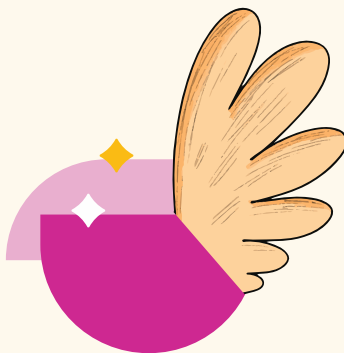
La marea sofocaba mi garganta.
El terremoto dejaba polvo, humo y dolor.
Tornados de tortura en mi cabeza.
Que con tu abrazo, todo se disipó.

La magia de esa sonrisa tuya,
tan genuina, tan contenta,
hace que hasta el agua más salada sepa dulce,
que hasta la canícula se sienta fresca.

Te quiero, te quiero, te quiero, te agradezco.
No sabía cuán necesitada estaba hasta que me ayudaste.
Qué tan inestable me hallaba hasta que me apoyaste.
Que afortunada fui el día que me encontraste.

Gracias por estar, por seguir.
Gracias por ser, por reír.
Gracias a ti
hoy puedo decir
"Soy feliz."





Gratitud

Escrito por:

Maria Priscila Ruiz Gallegos

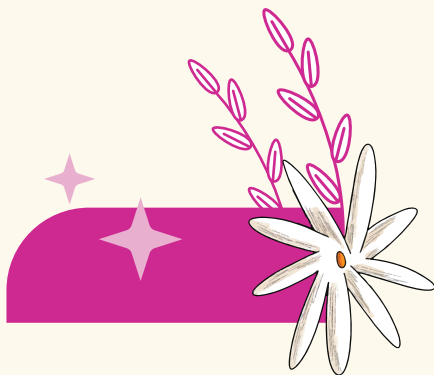
Colegio Ibero Tijuana

En la dulce mañana que despierta
Doy gracias a la vida sin igual
Cada rayo de oro, cada brisa
Son regalos que el alma aprecia

Una sonrisa ofrecida, una mirada sincera
Una palabra de amor, una mano ligera
Son tesoros puros y preciosos
Iluminando nuestros días felices

Gracias al cielo, gracias a la tierra
Al instante frágil y efímero,
Pues en el corazón que sabe amar,
La gratitud sabe brillar





Crudo

Escrito por:

Ricardo Gonzalez Parra

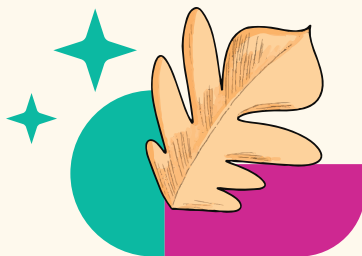
Colegio Ibero Tijuana

Como un pescado atrapado viví.
No con adrenalina, pero con estrés,
con desespero y miedo, como un pez.
Hasta que fue muy tarde, mis ojos abrí.
Crudo fui, crudo como un pescado fui.

Ahora que estoy aquí, agradezco que nací.
Los pocos momentos de felicidad, una bendición,
todo el temor que siempre tuve, una ilusión
Con una escuela de pescados crecí.
Crudo fui, y nunca agradecí.

Como un pescado la muerte reconocí.
Devorado, pero por mi propio temor,
silencioso fue, sin algún clamor.
Era muy tarde cuando la caña oí.
Crudo viví, crudo como un pescado morí.





La gratitud es Luz

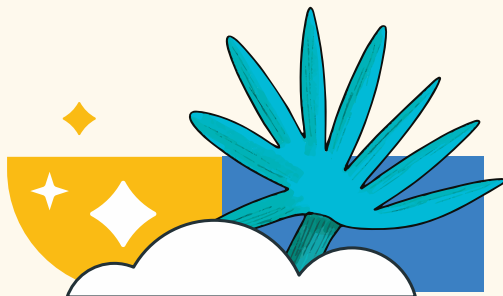
Escrito por:

Karyme Josselyn Sanchez Cardenas

Colegio Ibero Tijuana

La gratitud es como la luz del sol,
En ventanas abiertas logra entrar,
A todo aquel dispuesto, puede encontrar
Y estará listo para abrazar.
Hasta el último rayo hay que agradecer
Pues no sabemos si volverá a amanecer.
Como el sol que muere en el horizonte,
Más deja en el cielo un último ardor.
Es un faro encendido Brilla en la noche, muestra el camino
Y aunque el mar ruja con furia y miedo
Su luz constante no dejará de alumbrar.





Paz sin precio

Escrito por:

Renata Guerrero Laureano

Colegio Ibero Tijuana

La paz no se compra, no tiene valor,
se siente en un beso, se da con amor.

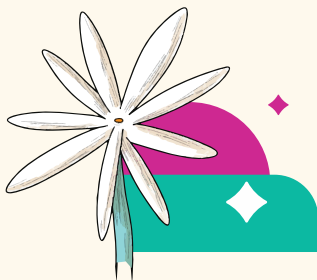
No pide riquezas ni exige poder,
nace en el alma y quiere crecer.

Está en la risa, en manos abiertas,
en dar sin motivo, sin puertas ni metas.

No cuesta nada, pero es un tesoro,
siembra esperanza, regala un decoro.

Si todos la damos sin miedo, sin prisa,
el mundo sería un soplo de brisa.





El Ave Viajera

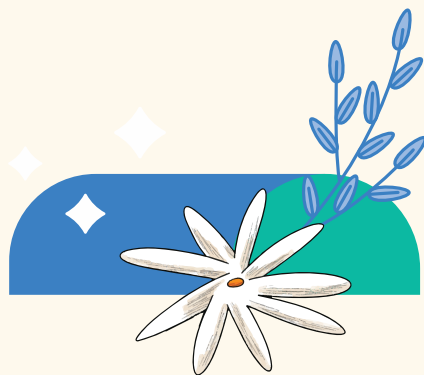
Escrito por:

Benjamin Schramm Monroy

Colegio Ibero Tijuana

En el fondo de mi corazón,
Mi corazón tan querido,
Vive un ratón,
Un ratón deprimido.
Tan malo que es el mundo,
Una vez tan bonito,
Que alguna vez amado,
En este mundo no hay brillo.
Pero con la luz del Sol,
Y el amor de la Luna,
Este ratón,
Vive lleno de cura.
Y después de un tiempo,
Ya no es ratón,
Si no un ave,
Que vuela en la cima.





Te veo, pero no aquí

Escrito por:

Mariana Ruelas Mejía

Instituto Lux

Dicen que la vida sigue, pero sigue sin ti
Estuviste conmigo por lo que pareció una eternidad,
pero ya no más
Dije que estaba bien, mentí

No te irás jamás
Dejaste tu legado con nosotros
Por siempre nos acompañaras

Fueron años esplendorosos
Momentos llenos de aprendizaje y de vida
Después de todo, somos un pequeño pedazo de tus
logros

Nuestra mente no olvida
Esas lecciones tuvieron su mérito
Ahora tu familia es reconocida

Y cómo no agradecerte abuelito?
Al fin y al cabo te veo en ellos, en mi, en todos
Te necesito, esto está escrito

Con estos tesoros,
Hiciste un mundo mejor
En parte, con actos asombrosos

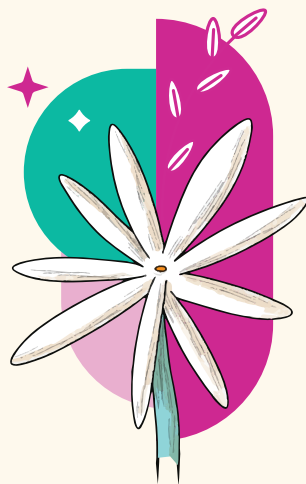
Tan solo con un pedazo de amor,
diste lo que tenías y diste vida cual rocío
Le diste al universo color

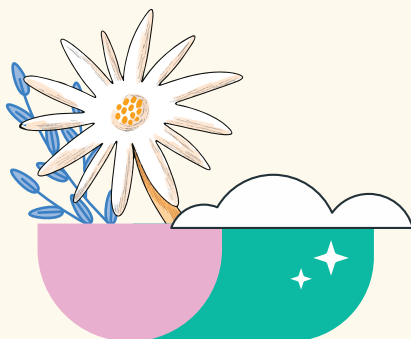
Ahora hay un lugar vacío
Aún con el eco de tu voz
Y con un sentimiento sombrío

Te fuiste con un adiós precoz
 uno que no te pude dar
 Y nos dejaste con una emoción atroz

Solo me queda recordar
 Por ti, me carcomí
 Y tu memoria no olvidar

Te veo en el reflejo, en mi
 Pero no estás aquí
 Somos quienes somos por ti
 Ahora seguiré deslizando cual esquí
 Después de todo tu supiste quien fui





Para ti

Escrito por:

María Fernanda Reyes Fierro

Instituto Lux

Para ti, porque yo también sé lo mucho que asusta crecer.

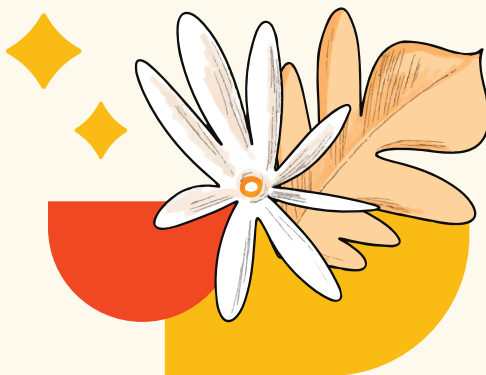
Una persona que siente de más
es una persona que ama de más;
con un corazón tan frágil,
mas no frágil como cristal,
sino como una bomba.

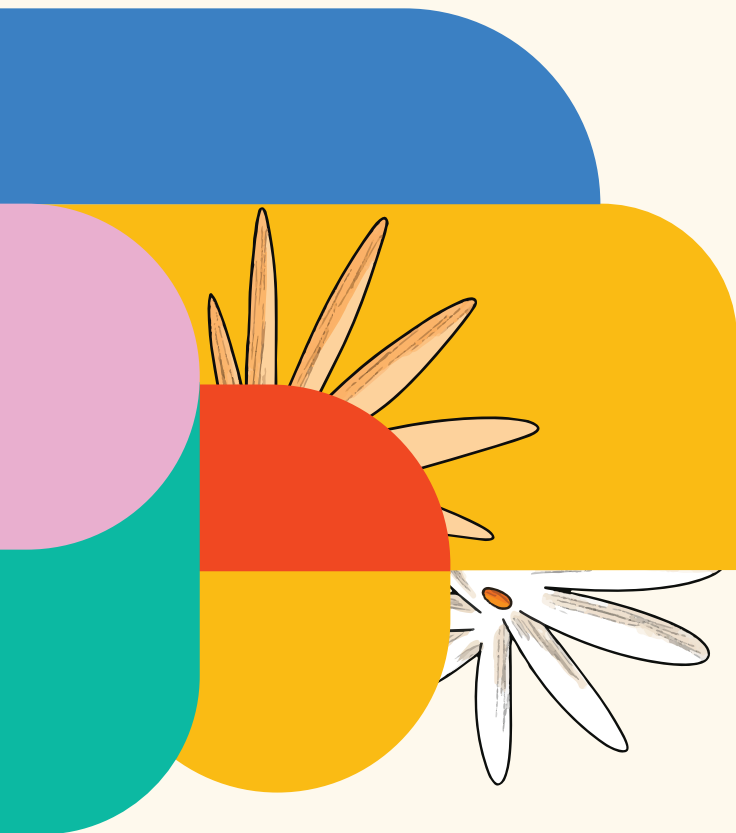
Cuando se llena el pecho de preocupación,
y la vida deja de sonar como una canción,
cerrar los ojos y respirar,
recordar los momentos que te hicieron amar,
es la respuesta al nerviosismo.

Lugares, fotos, caras, abrazos y voces,
guardan tantos recuerdos como libros en un librero;
conversaciones entre paredes, risas en la oscuridad,
dos figuras bailando con suavidad;
¿preferirías volver, o hacia el futuro avanzar?

Dedicar la vida es darle un propósito para ser vivida;
compartir, amar, cuidar y querer,
¿a quién no le gustaría que su nombre se dé a conocer?
¿o acaso el silencio en lo anónimo te ayuda a crecer?

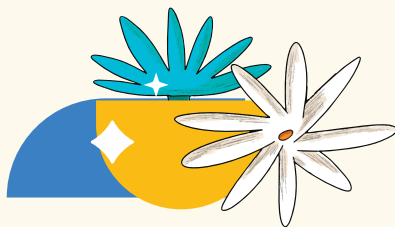
Respira profundo, ordena tu cabeza,
es hora de aceptar que mereces ser amado,
que mereces tener cariño a tu lado;
y que mereces con toda certeza,
la felicidad que buscas para otros.





ensayos





To Ask for Nothing More: The Key to Having It All

Escrito por:

María José García Martínez

Instituto Cultural Tampico

Imagine if tomorrow you woke up only with the things that you thanked God for today. Would you even wake up?

Gratitude can be defined as that feeling of appreciating what is around us, especially the good things in our lives. If your answer to the first question was no, don't worry, taking things for granted can happen to most of us. We unconsciously think about how we will wake up tomorrow safe and sound, with all our friends and loved ones still here, as well as with food, water, a house and the same opportunities as the day before. However, how often do we actually stop to thank for all these things? Why should we even do it? Is gratitude just about pronouncing two simple words ("thank you") or does it go deeper?

When I first stopped to think about it, I realized all the blessings I've always had the privilege to receive. For instance, the plain idea of my heart and brain still working perfectly, as

well as being able to breathe, is already a blessing. I have 5 functioning senses, I can use my feet to walk, and even the capability of reflecting and writing this essay is a blessing for me. Family, education, school, knowledge, teachers, friends, a home, food, and the list of everything many of us have could get a million times longer.

I am sure that we can all agree with the first meaning of gratitude I said at the beginning. But when you look at it more deeply, you can realize that it can be seen from a different perspective. I would also like to define gratitude as a key, one that unlocks happiness and peace. Not only because I see it as a nice habit that can shift our mentality from focusing on what we lack to appreciating what we already have, but because I now see it as a powerful act of faith.

“Don’t worry about anything; instead, pray about everything. Tell God what you need and thank Him for all He has done. Then you will experience God’s peace, which exceeds anything we can understand. His peace will guard your hearts and minds as you live in Christ Jesus” (Philippians 4:6–7). Basically, if we recognize what God has provided

for us and thank Him for it, He is willing to fill our hearts by replacing anxiety and worry with peace.

Humans can be greedy by nature. The more they have, the more they will keep craving, until they reach the dangerous point where nothing else will ever be enough.

They pursue happiness and worry about what they will have in the future instead of accepting and embracing what is already in the present. Greed is what can trap a person in a cycle of concern and discontent, and the key that God offers to open that locked door is gratitude.

Now that I've explained what gratitude can do for our hearts, how can we express it?

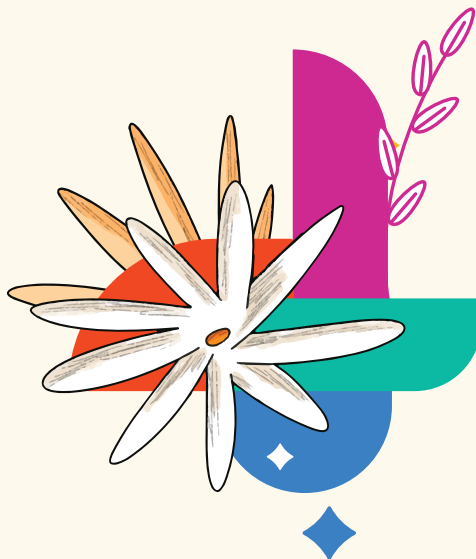
I previously stated how I believe that God is responsible for all the blessings I've received. However, He has given me these gifts through the people that surround me, the experiences I live, and the opportunities I have. Which is why a simple "thank you" is not all that there is to being grateful. Not even just praying and listing all the things God has given you every morning before breakfast and before going to bed. Gratitude is more than words, it's also action.

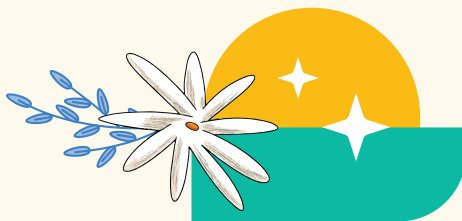
I show real gratitude by sharing with others what I've been given and giving in return. If I have a supportive family and friends, I try to be there for them, listen, and encourage them as well. I show real gratitude by seizing the abilities, talents, and opportunities I possess and using them well. For example, if I have the opportunity of receiving education, I'll try my best to get good grades and absorb as much knowledge as I can, as if I were a sponge. I also show real gratitude by presenting an attitude that's as positive as the blessings I have: I try to be respectful, show empathy to others and value everyone's efforts.

Obviously, I know how life is not always sunshine, lollipops, and rainbows, so it's completely normal to forget doing things like these every once in a while. Personally, I still have a lot to work on before reaching that peaceful state I mentioned earlier. Even so, I would like to invite you to show that real gratitude as well. Thank God at every chance you remember, thank Him for all you might take for granted on a daily basis. Use the blessings He gives you wisely, share them, and try to love those who surround you as much as He loves you. After all, that's part of what St. Ignatius tells God in his prayer: "Your grace and your love are wealth enough for

me. Give me these, Lord Jesus, and I ask for nothing more.”

I’d like to wrap everything up with one last quote: “Let the peace of Christ rule in your hearts, since as members of one body you were called to peace. And be thankful” (Colossians 3:15). If we are meant to be embraced by God’s peace, then we shall take the key of gratitude to open the door that leads to it. Because we never know. Just imagine if tomorrow you woke up with the things that you thanked God for today. After having said all this, I hope your answer to my first question might’ve changed. So I’m asking you again: would you wake up now?





The Power of Appreciation; Recognition of Thankfulness

Escrito por:

Karla Marcela Moreno García
y Marifer López Pérez

Instituto Cultural Tampico

“You want something that someone else has, but that doesn’t mean what you have isn’t beautiful, because people always want what you have, and you always want what they have, no one is ever 100 percent...”

–Rihanna

It has been proven by a multitude of research that being grateful can reduce feelings of stress and anxiety. In fact, it increases your happiness by 10% and reduces sadness by 35%. Knowing this, why do people not express their gratitude? Are they blinded by some sort of ignorance? Well, that is what we are going to discuss today, as well as our point of view on how two students in secondary school try to express our gratitude towards our blessings.

Gratefulness can be shown in different ways, in different aspects of our lives, such as: religiously, fraternally, professionally, etc... In our opinion, gratitude is the ability to recognize the blessings we have been given, both big and small, and develop a mindset that doesn't focus on looking over the important and positive aspects of life or entitlement.

Appreciation and recognition comes in valuing (acknowledging) others and ourselves. Whether it comes in a simple "thank you", a word of kindness, or a thoughtful gesture, strengthens not only relationships between people, but also reinforces positive behaviors.

Practicing all these values, can brighten someone's day, but also, focusing on ourselves, fosters and creates humility and makes us grow as individuals. Creating a sense of fulfillment, a more fraternal world, increases our bonds and people's perspective.

Gratitude, appreciation, recognition, and thankfulness are essential virtues that contribute to a fulfilling and meaningful life. They help create positive relationships, enhance emotional well-being, and increase a culture of

kindness and respect. When practiced regularly, these qualities can transform both personal and professional interactions, leading to greater happiness and a stronger sense of connection with others.

But, being grateful is not always about of how you behave, but also of how you react to the simple and small things around you, such as how the sun makes your face and body warm everytime you walk under it like the feeling of being a kid again getting hugged by your family members, the possibility of having clean and bacteria free water that make our organism hydrated even in the hottest days, having food that can cheer you up but also give you protein and nutrition, the feeling of rain touching your face like a fresh tear. We should be thankful for everything, it's not always about the things you get, but about the things you've been putting aside and seeing them as nothing special or out of the ordinary.

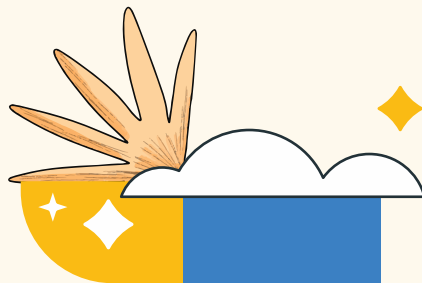
The big question is, how can you implement gratitude in your life? Well, you could be respectful and always treat people with kindness. But, do you do it the way Saint Ignatius would've wanted? By that I mean, do you do it because of a

reaction to being given something, or, because you actually take your time of day to soak up your blessings? After all, Saint Ignatius did say that gratitude is a response to an encounter with Jesus Crist.

So, how can we express our gratitude towards god? Well, Saint Ignatius made small spiritual practices that he called Examen that make us express our gratitude towards God. In the first step, he asks us to imagine the love that God has for us. In the second step, he invites us to review our day and recognize the times that we spent with God and express our thankfulness, by spending time with God he meant by the rhetorical sense, God can be a piece of music for you, God can be the countless breaths that we take every single day, God can be anything if you let him inside of your heart and soul.

To end this thesis, we would like to add that gratitude can be practiced anywhere and at any time, so, there is no excuse to not appreciate the things you possess.





La Gratuidad

Escrito por:

Ana Sofía Gamez López

Instituto Lux

A veces se nos olvida que lo más importante y valioso en la vida no se puede comprar ni ganar: se recibe. La familia, los amigos, la vida como tal, aquellas cualidades que tenemos, esa gran capacidad de amar y valorar, son regalos que vienen del amor eterno de Dios. Nada de eso lo ganamos, solo se nos dio por pura gratuidad. Dios no nos ama por lo que hacemos, sino por lo que somos.

Reconocer la gratuidad en nuestras vidas es ver el amor de Dios que nos sostiene y cuida cada día. Y cuando justo vemos, y entendemos lo que somos, el corazón se nos llena de agradecimiento y amor, y ahí es cuando nace el deseo de compartir.

Compartir lo que tenemos, tiempo, escuchar, palabras, talentos con los demás, especialmente con alguien que lo necesita, es una forma de devolver un poco del amor que recibimos todos los días. La gratuidad rompe el ser egoísta

y nos da esperanza. Cuando actuamos y hacemos con generosidad sin esperar nada a cambio, el mundo cambia. No solo cambia la vida de otros, también cambia la nuestra.

Ser personas agradecidas y generosas nos hace vivir con más sentido. Y aunque no siempre se note o nosotros como personas no lo demostremos, la gratuidad sigue siendo una fuerza que puede sanar, unir y transformar.

Todo lo que tengo no es solo mío.

Hay veces que me pongo a pensar en todo lo tengo: mi familia que me cuida, mi salud, amigos que me hacen llorar de la risa, el techo donde vivo, al colegio donde voy, incluso talentos y cosas que poco a poco voy descubriendo. Nada de eso lo pedí, ni lo gané por esfuerzo propio. Simplemente lo recibí. Y aunque hay veces que se me olvida, recuerdo que todo eso viene de Dios.

Dios me ha dado tanto sin pedirme nada a cambio. Su amor es gigante, tanto así que no tiene límites ni condiciones. Eso es la gratuidad, cuando alguien te da algo porque le nace y por cariño, no porque lo merezcas o porque hayas

hecho algo especial.

Agradecer todo eso, no solo se trata de decir gracias, sino de hacer algo con lo que obtuviste. Si tengo amor, ¿por qué no compartirlo?, si tengo tiempo ¿por qué no valorarlo y compartirlo? si tengo felicidad, ¿por qué no demostrarlo y regalar una sonrisa siempre?.

Si alguien me preguntara qué es la gratuidad, le diría que es cuando una persona te abraza sin que tú lo pidas, cuando alguien te escucha sin juzgarte o cuando alguien está ahí sin importar que.

Ese es el acto de hacer sin esperar nada a cambio, como lo hace Dios con nosotros todos los días.

Y al fin que entendemos eso, vemos las cosas de diferente manera, dan ganas de vivir diferente, de amar, cuando sientas esas ganas de decir te quiero porque te nace, cuando ayudas más y de ser mejor cada día. Para ti y para los demás.

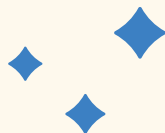
Explicarle a alguien lo que es la gratuidad es enseñarle que hay cosas que se dan y hacen sin interés, sólo porque nace

desde el corazón, por amor.

Cuando entendemos que muchas cosas que tenemos en la vida son regalos y bendiciones y no premios, aprendemos a vivir con gratitud y generosidad.

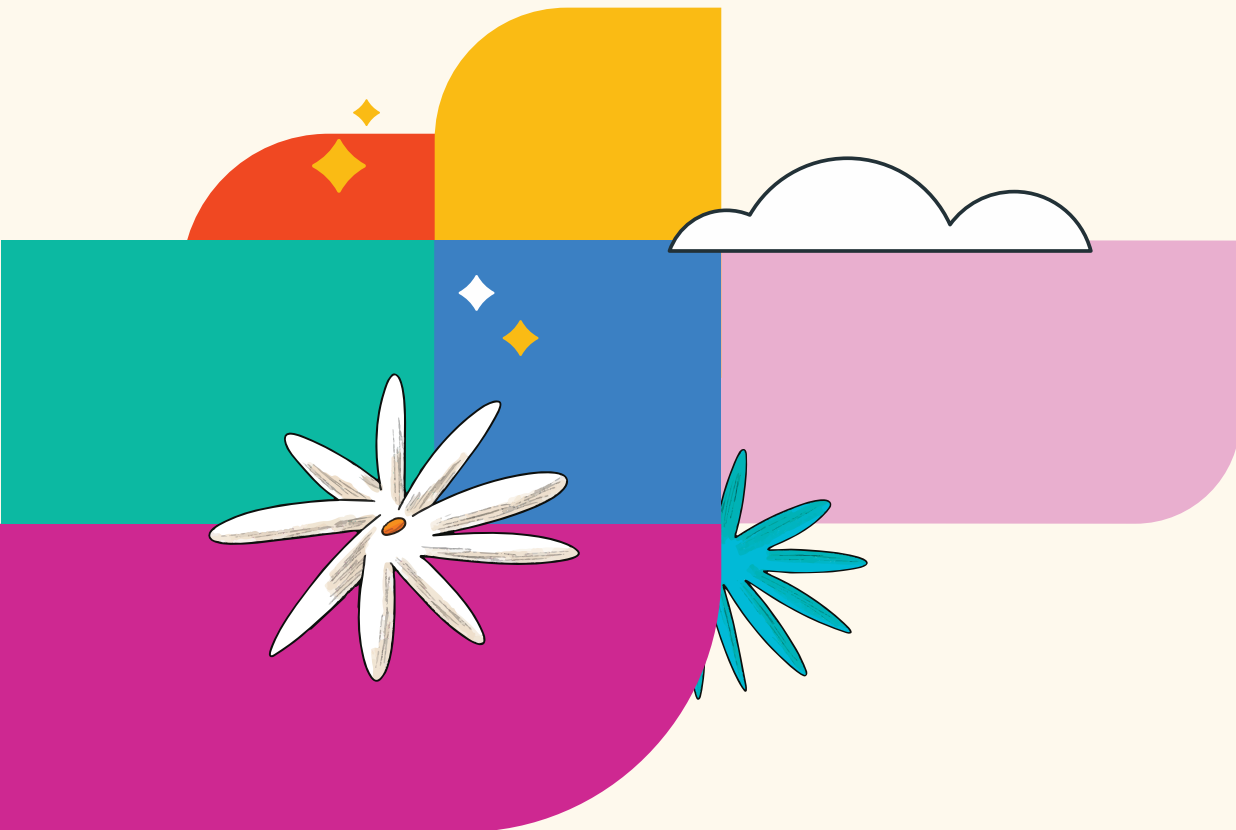
Y es así cómo podemos cambiar, reconociendo lo que tenemos y hemos recibido y decidiendo compartir todo.

Cuando agradeces de verdad desde el corazón, todo cambia. Lo que tienes, lo que das, y hasta como late tu corazón por tu vida y por la de los demás.



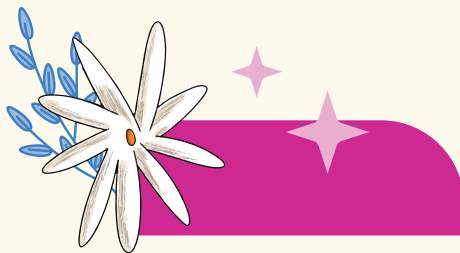


partic



icipacion especial





Deslumbrante caminar

Escrito por:

Aimee Johanna Moreno Osuna

*Coordinadora Comunicación y Lenguaje | Nivel secundaria
Docente titular de Español
Colegio Ibero Tijuana*

La gratitud se encuentra hasta en lo más incierto,
acciones significativas moviéndose,
dentro de las almas danzantes de nuestros prójimos,
traslapándose por generaciones completas.

La divinidad e incógnita de nuestra perfección humana,
reanuda el constante cuestionamiento de la misma
existencia.

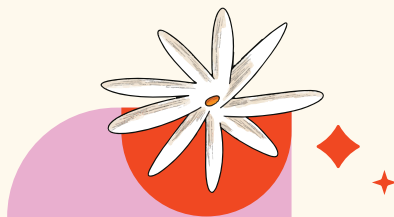
La alegría que acongoja a un corazón consciente,
aporta a la hermandad y el agradecimiento.

La paz que emerge de este proceso,
nos dirige por los vértices del amor.

Un alma libre y abierta
sabe que el dar y recibir
conlleva una responsabilidad infinita,
hacia uno mismo y los otros.







Compartir tu esencia: el regalo más grande

Escrito por:

Martha Daniela Orozco González

*Docente de Ciencias Sociales
Instituto Lux*

Capítulo 1: El mar de pensamientos

Escribo un par de líneas. Las borro. Escribo otro par más. Mi cabeza aún está dándole vueltas a lo que leí la noche anterior. Vuelvo a experimentar esa sensación de desasosiego con la que fui a la cama. Las luces de la calle acompañaron mi desvelo y, nuevamente, mi mente no podía dejar ir algunas palabras y frases que habían quedado plasmadas en mi cuaderno: sobrepoblación, extinción, mudar a nuevas pieles, relaciones simplistas, materialistas. Hago una pausa y tomo una respiración profunda. No puedo dejar de pensar en la naturaleza y el daño que le hemos causado. ¿Será que el árbol que asoma por mi ventana, y parece ser testigo de mi confusión, también me piensa? Probablemente sí. Me piensa y me abraza desde su silencio.

Otra vez comienzo a ahogarme lentamente en mi mar de pensamientos. Navego en recuerdos borrosos. El árbol

sigue mirándome como si quisiera ayudarme a encontrar respuestas. Su sombra comienza a llegar hasta donde se encuentran mi café y mis notas, parecen mezclarse expidiendo un olor a calma. Cierro mis ojos y dejo que el olor me envuelva. No sé cuánto tiempo pasó, pero empecé a sentir el frescor de la tarde en la piel y una brisa llegó a mi rostro e hizo mi cabello volar un poco. Cuando abrí los ojos, para mi sorpresa, estaba sentada en una de las ramas de aquel árbol. Sentí cierto pavor por la altura, lo abracé fuerte y mi cuerpo se llenó de una sensación de paz.

Capítulo 2: El árbol

Sentada sobre aquella gruesa rama, empecé a observar lo que ocurría sobre la calle. Lo primero que llamó mi atención eran los niños de mi cuadra jugando como todas las tardes. Los autos pasando uno tras otro, como si fuera una exhibición de feria; algunos pasaban desapercibidos y pensé: “seguro son esos nuevos híbridos que no hacen ruido, qué bien la gente que cuida del medio ambiente”... a los pocos segundos yo misma me reí de lo que pensé y me cuestioné: “¿será esa la solución, un auto híbrido de medio millón de pesos?”.

Mi atención volvió a ser capturada por una motocicleta de UberEats que circulaba a toda prisa. Al llegar al domicilio de entrega, bajó apresurado el muchacho y entregó un paquete de McDonalds a mi vecina que parecía haber tenido un día desgastante en su trabajo. Nuevamente pensé: “bueno, una hamburguesa no le hace daño a nadie”. Un grito me estremeció: “¡Incrédula!”. Por un momento pensé que mis pensamientos los había dicho en voz alta y mi vecina molesta había reprendido mi comentario, pero mientras la veía muy feliz con su comida, dije: “esa voz no es de ella”. La voz volvió a hacerse presente y dijo: “soy yo, psst, aquí”. Era el árbol ¡Casi me da un infarto!

- ¿Estoy soñando?
- No lo sé, dime tú. Ojalá fuera un sueño, pero estás viendo tu tarde transcurrir, sólo que ahora desde mi regazo.
- ¡No sabía que los árboles podían hablar!
- Claro que podemos hablar, sólo que ustedes, los humanos, piensan que son la única especie que puede entablar una conversación. Te sorprenderías todas las conversaciones que he tenido a lo largo de estos 40 años.
- ¿¿Qué??, ¿40 años? Estás aquí incluso antes de que hicieran este fraccionamiento.
- Sí, muchos hemos estado aquí por bastante tiempo. Sabes,

ustedes se piensan dueños del tiempo, pero la verdad es que el tiempo para nosotros es distinto. Nos hemos adaptado a tanto, hemos cambiado, crecido, nacido, creado. Ahora que lo pienso, a ustedes como que les hace falta algo así, ¿no crees?

– Espera, ¿quiénes son “nosotros”?

– Las demás especies, recuerda que no sólo ustedes habitan este mundo.

– Tienes razón. Justo la crisis que tenía en mi escritorio era sobre eso. No dejo de pensar en el daño que le hacemos al planeta: el consumo desmedido, el acaparamiento de recursos, el cambio climático... me siento con tanta culpa.

– Te entiendo. La verdad es que en parte los humanos sí son responsables, pero, por eso te saqué de tu escritorio, quiero mostrarte cómo veo el mundo y tal vez eso te ayude a encontrar respuestas.

– ¡Me encantaría! pero, (dudé un poco) la verdad tengo un poco de miedo, miedo de encontrar más devastación y quedarme por siempre atrapada en mi desesperanza en la ingratitud que siento hacia las decisiones que hemos tomado como humanidad.

– Confía en mí.

Capítulo 3: el bosque

No podía creer todo lo que me estaba pasando y pensé: “yo creo que ya estoy loca de tanto repensar todo, seguro estoy pensando la naturaleza, como decía el libro, sólo pensándola”.

Me dejé llevar por aquel viaje que emprendimos el árbol y yo. Jamás imaginé conocer tanto en tan poco tiempo. Tal vez el árbol tenía razón, su tiempo es distinto a mi concepto del tiempo.

Uno de los lugares que visitamos quedará por siempre en mi memoria, un bosque de pinos tan altos que el cielo parecía fundirse con sus ramas. La calma de ese lugar tan bello parecía detener el tiempo. El sereno mojaba un poco mis manos. Sus olores me transmitían una sensación amorosa de resguardo. Mi corazón se llenaba de una sensación de gratitud difícil de explicar con palabras. El estar ahí me hizo recordar mis escapadas al “bosque de eucaliptos” que visitaba con mis amigos durante la universidad (ni siquiera eran eucaliptos, pero nos gustaba llamarlos así). Era un lugar mágico donde mis amigos y yo podíamos desconectarnos de todo el ajetreo de la ciudad. Nos gustaba acostarnos en medio de los árboles, cerrar los

ojos y dejarnos abrazar por la calma y el asombro de tan hermosa naturaleza. Era como si fuéramos uno mismo. El árbol, al verme tan pensativa me preguntó qué pasaba por mi corazón. Le conté la historia del bosque de eucaliptos y me dijo: “ya vas entendiendo de lo que te hablo. Sí somos uno mismo, pero al mismo tiempo somos diferentes, ¡qué paradoja! ¿Es así como le llaman ustedes los humanos a eso que a veces no pueden entender ni explicar, cierto?” – Supongo, la verdad es que hay mucho que no entendemos, pero fingimos hacerlo, le respondí.

Mientras caminábamos por el bosque, el árbol se detuvo frente a un pino muy pequeño que parecía estar lastimado. Lo observó durante algunos minutos y le pregunté: “¿está bien?” – No lo sé. La verdad es que, lo que ustedes llaman naturaleza..., (hizo una pausa y rió un poco) esa es otra cosa de ustedes los humanos, les gusta generalizar todo; bueno, continuó, la naturaleza posee sabiduría y consciencia de sí misma, de sus limitaciones, se sabe parte de algo más grande, se duele, se ríe, es, todo el tiempo está siendo. Es grata con ella misma.

Por un momento pensé: “seguro a esto se refería el árbol cuando me dijo que él también tenía conversaciones.

¡Qué profundas conversaciones!, los humanos deberíamos aprender de esos diálogos y formas de escuchar lo que nos rodea”.

El árbol continuó su reflexión: “así como la historia que me contaste de tus amigos en el bosque, cuando me dijiste que te sentías una misma con él. Verás, en lo que tú llamas naturaleza hay una gran diversidad de formas, de pensamientos, de vida, de sentires, tantos que ni te imaginas, tal vez no les daría la vida como especie para conocernos. La diversidad escapa de tu razón. Tanto, tan distinto, pero al mismo tiempo todos iguales, todos conectados, todos compartiendo algo, todos siendo uno, todos compartiendo la gratitud que nos lleva a construir un mundo más armonioso y lleno de vida. Un plural que es la suma de los singulares. Un nos que vive y se va transformando”.

Ese momento fue mágico para mi. Mi mente quedó en blanco (creo que por primera vez logré acallar esa desesperanza). El amor y una admiración profunda llenaron hasta el último rincón de mi cuerpo. No quería que se acabara nunca esa sensación, sin embargo, en mi mente se quedaba la reflexión “todos compartiendo la gratitud que nos lleva a construir un mundo más armonioso y lleno de vida”; pensé: “la gratitud, vaya concepto más difícil de explicar, es de esos

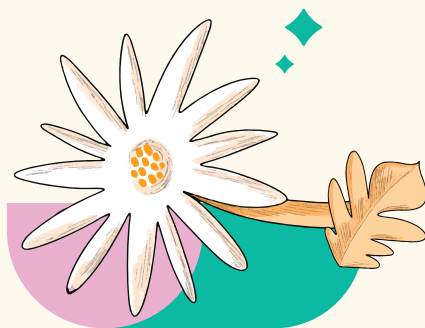
que sólo experimentádolo se puede describir con palabras”. Interrumpí mis propios pensamientos, “¡Claro!, esto que me comparte el árbol de admirar la Casa Común, de saber que una casa se cuida, se llena de amor, todo eso es la gratitud; la gratitud nos lleva a compartir lo más valioso que tenemos, no cosas materiales, mas bien, nuestra esencia, nuestros dones. Conectar con otras esencias, con otros dones, es uno de los regalos más grandes que tenemos”.

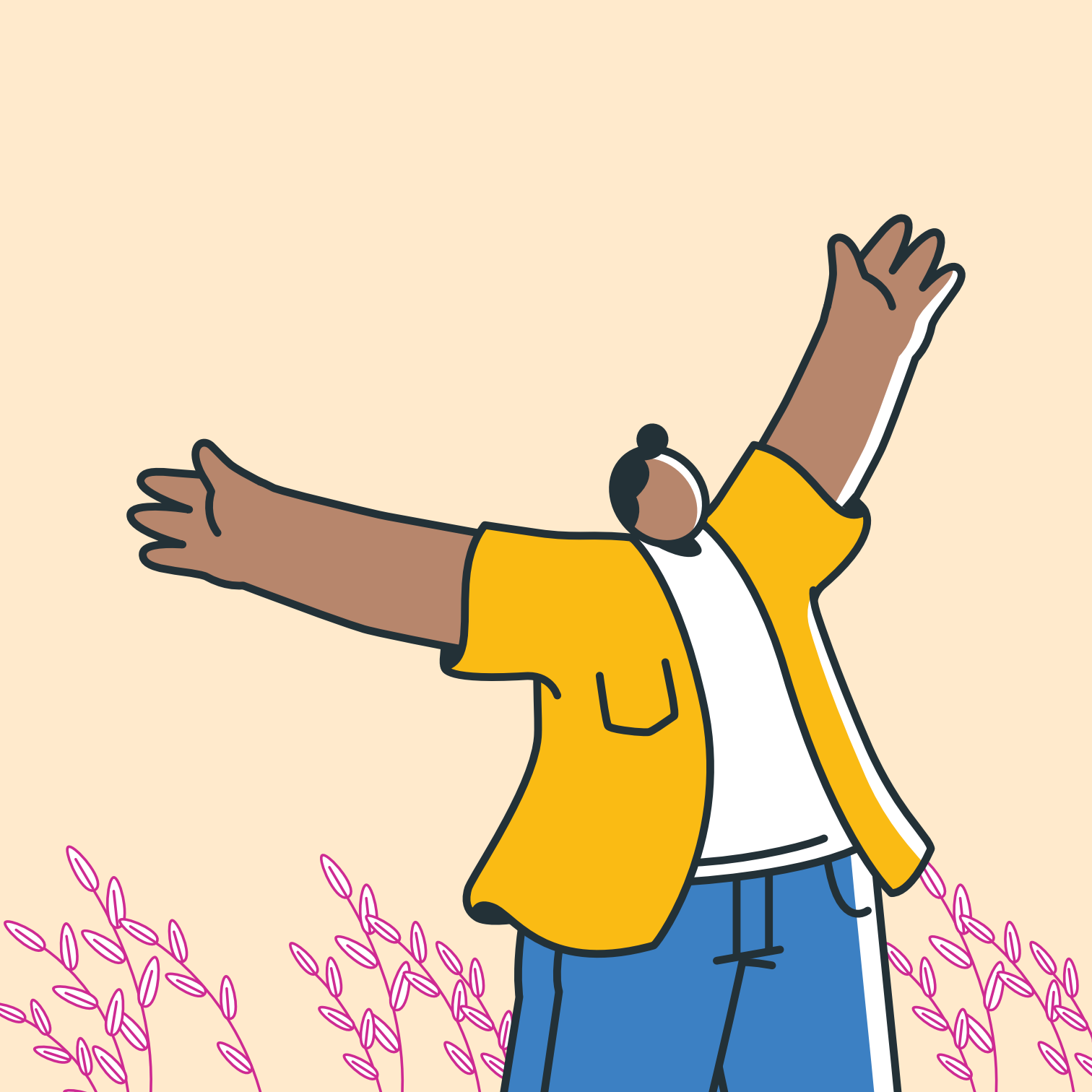
En fin, tengo tantas historias de lo que ocurrió en mi viaje con el árbol y todas acaban en lo mismo: amor, admiración profunda, gratitud por compartirme cómo ve y vive la vida.

Capítulo 4: la cuadra

Cuando volví a abrir los ojos. Me encontraba sentada en mi escritorio con las mismas tres líneas que había escrito, el cursor esperándome y mi café aún caliente. No sé si tuve un lapsus de locura o dormité un poco debido al cansancio de repensar mi vida. Me estiré y fui a lavarme la cara. Regresé a mi escritorio y aquella sensación de amor, admiración profunda y gratitud me invadieron nuevamente. No había sido un sueño, pensé. Con ímpetu cerré la computadora,

dejé mi café enfriarse y corrí hacia la puerta, como si una fuerza se apoderara de mis piernas y me pidiera a gritos salir corriendo. Cuando abrí la puerta, lo primero que vi fue el árbol. Me quedé unos minutos admirándolo con tanto amor, tan agradecida por su existencia y por todo lo que me había enseñado. Los niños seguían jugando en sus bicicletas y los autos seguían su circulación habitual. Una luz recorrió mi rostro, volteé y eran los rayos de una bella puesta de sol. Parecían pinceladas perfectas que se mezclaban con los edificios, cables colgando y el smog de un viernes por la tarde. Pensé: “¿qué sigue?” Miré al árbol como pidiendo un consejo. Esta vez no hubo palabras, sólo hubo una sensación de calma y una extraña energía recorrió mi cuerpo, como llamándome a hacer algo. Sonreí y, en ese momento, sabía que había aprendido otro lenguaje, otra forma de entender al mundo, un mundo que me invitaba a seguir cuidándolo y admirándolo.





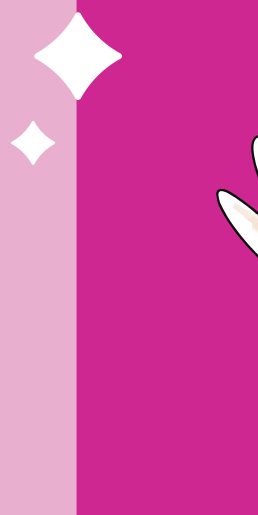
#VientosDeGracia



gracias



Desde distintos rincones del mundo, recibimos estas invitaciones de paz a modo de cuentos, poemas y ensayos para imaginar nuestro mundo como un lugar mejor para todas las personas. A los lectores nos corresponde elegir la semilla de paz que deseamos sembrar a partir de estos u otros relatos de infancia. No basta con creer en la paz, pues es imposible construirla sin creer en ella. Esto es lo que nos recuerdan nuestros niños y jóvenes constantemente y lo que queremos compartir.”

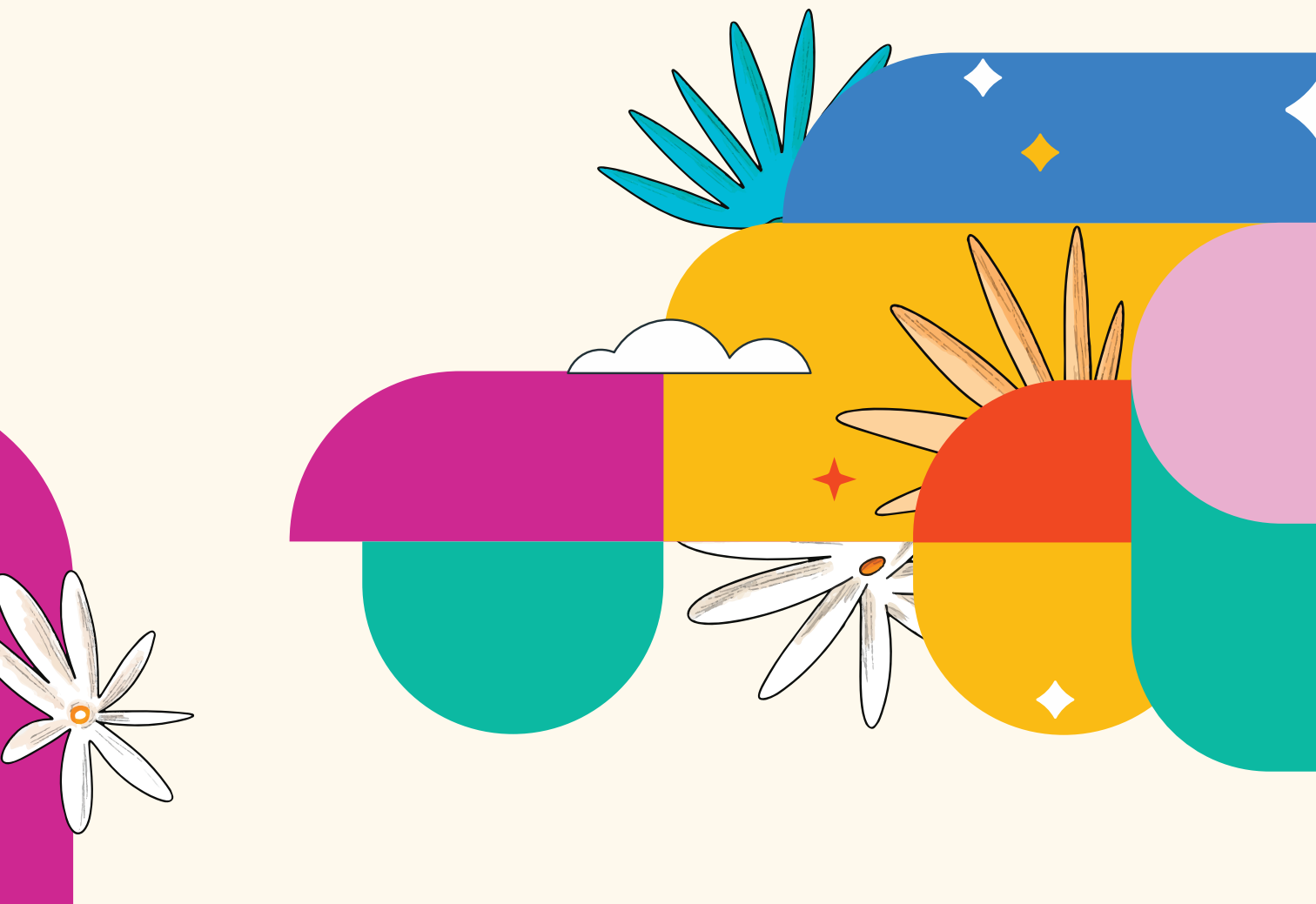


Dr. Miguel Ángel Cuanalo Gómez, S.J.
Rector del Instituto Lux



INSTITUTO LUX

Hombres y mujeres para los demás





INSTITUTO LUX

Hombres y mujeres para los demás

